

Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 25 DE OCTUBRE DE 1915

NÚM. 1.765

MADRID. — ANTEPROYECTOS DEL MONUMENTO A CERVANTES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal)



1. De D. Gabriel Borrás, escultor, y Sr. González Valle, arquitecto. — 2. De D. Antonio Castillo, escultor, y D. Antonio Arévalo, arquitecto. — 3. De D. Mariano Lantada, escultor y arquitecto. — 4. De D. Juan Borrell, escultor, D. Pedro Doménech, arquitecto, y D. Francisco Labarta, decorador. — 5. De D. Salvador Puiggrós, escultor y arquitecto

SUMARIO

Texto. - *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Los dos muñecos*, por B. Morales San Martín. - *La guerra europea*. - *Valladolid. Actos solemnes presididos por S. M. el Rey D. Alfonso XIII.* - *¿Más fuerte que el amor?* (novela ilustrada; continuación). - *S. A. la Infanta Doña Isabel en Anla ucla.* - *El marqués de Casa Riera.* - *Albacete. La Fiesta de la Poesía.* - *Barcelona. Colegio del Redentor.* - *El monumento a Cervantes.* - *Libros.*

Grabados. - *Madrid. Anteproyectos del monumento a Cervantes* (treinta y cinco fotografías). - Dibujo de J. Basté, ilustración al cuento *Los dos muñecos.* - *La esposa del feld-mariscal Hindenburg presenciando la ceremonia del bautizo de un crucero acorazado que llevará el nombre de su esposo.* - *Soldados aliados fabricando bombas de mano.* - *Los italianos en Austria.* - *Valladolid. Actos solemnes presididos por S. M. el Rey D. Alfonso XIII* (cuatro fotografías). - *Su Alteza la Infanta Doña Isabel en Córdoba.* - *Excmo. señor D. Alejandro Mora y Riera, tercer marqués de Casa Riera.* - *Albacete. La Fiesta de la Poesía.* - *Barcelona. Colegio del Redentor.*

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Acaba de fallecer, en una de sus propiedades de Bohemia, S. A. el Archiduque de Austria Luis Salvador. Extranjero en apariencia este nombre, tiene sin embargo en España una antigua y noble nacionalización, menos conocida y divulgada de lo que merece. De Mallorca, prolongación natural de Cataluña, había hecho una patria adoptiva; y los catalanes que viajan y estudian saben al dedillo cuál fué la obra espléndida de ese príncipe que vino a prestar, sin presumirlo, atraído por la belleza de aquella isla y el aroma poético de sus tradiciones, un concurso inesperado al renacimiento de nuestra tierra.

Cierto día del verano de 1867, a bordo del vapor correo de Valencia a Palma, que hacía escala en Ibiza, encontráronse solos en cubierta, al salir de esa última población, dos pasajeros. Era uno, D. Francisco Manuel de los Herreros, director del Instituto Balear de Segunda Enseñanza - primo hermano de Bretón de los Herreros el poeta cómico y padre de la sabrosa y desenvuelta escritora D.^a Manuela de los Herreros de Bonet - ; y era el otro un joven extranjero, que frisaba en los diecinueve años, de porte distinguido, de misterioso ascendiente y autoridad impresos en sus facciones y en sus modales. Acompañábanle un caballero anciano y un ayuda de cámara, que le atendían con singular deferencia. Al dibujarse en el horizonte las costas rosadas de la isla mallorquina, el interesante mancebo interrogó a uno de los grumetes que hacía su guardia; pero como éste no entendiera el idioma en que se le preguntaba, intervino el Sr. Herreros, satisfizo la curiosidad del interpelante, hablaron todo el resto de la travesía y contrajeron en aquel punto una relación y amistad que ya sólo había de acabar con la muerte.

Al día siguiente muy de mañana, el joven viajero se presentó en casa de su nuevo amigo para ampliar las noticias que le había pedido a bordo. Quería recorrer la isla detenidamente, y el Sr. Herreros, con su gran competencia y conocimiento del país, le proporcionó cuantos informes necesitaba, proveyéndole además de un legajo de cartas de recomendación dirigidas a personas importantes de los pueblos, cartas que le fueron devueltas más tarde por el propio recomendado, «porque la hospitalidad de los campesinos de Mallorca era tal, que hacía innecesaria la presentación de semejantes documentos». En Palma le acompañó Herreros a visitar todo lo que encierra y encerraba entonces - más que ahora -, de notable, en sentido histórico, monumental o pintoresco. Frecuentó la Biblioteca del Instituto, en el edificio de Montesión que había sido el de los Jesuitas, repasando manuscritos e incunables, y al pedirle el bibliotecario su nombre para que figurara en el historial de visitantes y estudiosos dejó una tarjeta en que se leían estas palabras: *Ludwig, Graf von Neudorf*. Este modesto conde de Neudorf, era el Archiduque Luis Salvador que ha fallecido ahora, y su acompañante, a manera de mentor o de ayo, el respetable caballero Eugenio Sforza.

Restituido a Austria, después de este su primer viaje, escribió a Mallorca declarando su incógnito, revelando su verdadera condición y mostrándose encantado de la amabilidad obsequiosa con que se le había recibido, no por adulación ni calculado interés, sino por naturaleza y espontaneidad del feliz carácter isleño. Tratábase, pues, del tercero de los hijos varones del Gran Duque Leopoldo II de Toscana y de la Archiduquesa María Antonieta de Borbón, hija de Francisco I, rey de las Dos Sicilias.

El «oaso» del Archiduque Luis Salvador y su vinculación en Mallorca constituyen algo así como la realización de un sueño, en época que no es ya la de los sueños. Pertenece a aquella categoría de sucesos que el tiempo transforma en tradiciones y la

tradición en leyendas, por impresionar intensamente la imaginación de las muchedumbres y salirse tanto de lo trivial y acostumbrado. Espectadores nosotros de esta «leyenda de un príncipe» convertida en realidad, habiendo asistido día tras día a su maravillosa *eclosión*, no podemos darnos cuenta exacta de su rareza y prestigio. Pero, andando los años, la historia del imperial mancebo que, navegando cerca de la isla encantada donde florece el naranjo sintió su atracción de sirena, esa historia inverosímil, ha de herir la fantasía del pueblo, engendrando aquellas versiones tradicionales y enigmáticas que, a la vuelta de algunos siglos constituyen la desesperación de los folkloristas.

Porque es el caso que existía en Mallorca un paraíso escondido, a penas accesible y que sólo acertaron a conocer y gozar ampliamente algunos raros viajeros, acostumbrados a descubrir bellezas ignoradas e «inéditas». A lo sumo era visitada la ermita de de Valldemosa, más por razón de piedad que de interés estético y amor a la naturaleza.

Mas este panorama sin segundo constituía al mismo tiempo una propiedad privada, civil, sujeta a todos los prosaismos del derecho, con sus escrituras y su registro de hipotecas, y a todos los aprovechamientos de la labranza, con sus sembradíos y sus cotos. Cada uno de los propietarios era dueño absoluto de su heredad y la destinaba al lucro, no al encanto de la vista. Y esa propiedad era excluyente y recelosa como acostumbra serlo todas.

Entonces fué cuando, pasando por allí el todavía enigmático viajero, se fijó en una de aquellas fincas, la que constituye el núcleo central del extenso dominio, aglomerado después. Y he aquí cómo cuenta Su Alteza, en un folleto escrito en el lenguaje popular de Mallorca y que tal vez sea el último fruto de su pluma, *Lo que yo sé de Miramar*, el episodio de la primera compra y de su establecimiento en la isla. Dice que saliendo de Valldemosa en dirección a Deyá, a través por primera vez los parajes que dominan el mar, donde está enclavado dicho dominio. La vista que más le impresionó fué la de Son Marroig, y se entretuvo en dibujarla. En Deyá coció dos huevos, encendiendo leña entre unos pedruscos, y siguió hacia Soller.

En su segundo viaje a Mallorca, dominado por el recuerdo de la otra vez, volvió a Miramar con más detenimiento. Un matrimonio vivía allí guardando la casa, y enseñó al viajero sus dependencias y la capilla. El archiduque comió sentado en un poyo, mirando a la carretera, y después dijo a un joven que iba con él: - Si vendiesen esta finca, yo la compraría. - ¡Vaya una idea!, repuso el interlocutor. - Y no se volvió a hablar del asunto durante muchos meses.

Al cabo de ellos, un día que se encontraba en Pollensa con objeto de presenciar unos festejos y bailes populares, se puso a llover. Y temeroso de tener que permanecer encerrado en la posada unas cuantas horas, se acordó de que en la cercana villa de La Puebla vivía el entonces propietario de Miramar. No había coche disponible; hizo preparar un carro con toldo y, desafiando el aguacero, al cabo de dos horas llegaba a La Puebla y se presentaba en casa del dueño de la codiciada finca. Cambiados los saludos de rigor, el extranjero le preguntó a boca de jarro: - ¿Quiere usted venderme su predio? - Sí, señor, le respondió. - Pues dígame cuánto quiere por ella. No voy a regatear, porque no es mi costumbre; pero si el precio no es razonable lo dejaré correr. - El propietario reflexionó un instante y dijo una cifra que fué inmediatamente aceptada. - ¿Dónde quiere usted hacer la escritura? - En Palma. - ¿Qué día? - El miércoles próximo.

Y no pasó más. El príncipe volvió a su carro y regresó a Pollensa, mientras llovía de la misma manera. Miramar estaba comprado, y la leyenda del lugar volvía a florecer de nuevo. Alrededor de esta adquisición fueron agrupándose otras desde Valldemosa a Deyá y así quedó reunido bajo una sola mano, pródiga y generosa, la propiedad material de uno de los más bellos paisajes del mundo y así pudo acicalarlo, cruzarlo de senderos y caminitos abiertos entre breñas abruptas, construir atrevidos viaductos y embellecerlo con miradores, *verandes* y atalayas en puntos inaccesibles.

El instinto del prócer austriaco fué certero sobre toda ponderación, porque la costa de Miramar, por él adquirida, representa algo más que un paisaje espléndido, que una simple hermosura natural. Es un paisaje nimbado de poesía. Allí han ocurrido, espiritualmente, grandes cosas, y se ha ennoblecido con esplendores poéticos y reminiscencias pasionales, las más intensas y variadas.

Allí, en Trinidad, Raimundo Lulio fundó su colegio de lenguas orientales y tuvo el Amigo sus inmortales coloquios con el Amado. En las páginas

de *Blanquerna*, a seis siglos de distancia, palpita todavía la emoción de *aquel* paisaje y no de otro alguno, la emoción de aquel cielo estrellado, la emoción de aquella altura dominando el mar; así como en las páginas apostáticas de *Spiridion* la que después fué «la buena dama de Nohant» no pudo sofocar esa autenticidad del paisaje aun poniéndole como fondo a la declamación y al sectarismo tempestuoso de su época. Diríase que las espesuras y las rocas y el eco de las montañas retienen algo de nosotros mismos y conservan latente el recuerdo de la sensibilidad humana que entre ellos ha sufrido, ha amado, ha llorado. Y así, en los bosques de Miramar flota la confianza de las pasiones sublimes o sacrílegas, divinas o impuras que por allí pasaron dejando aromas de excelsitud con el «lirio de Son Gallart», la beata valldemosina, o rastros mundanos y de seducción peligrosa con *Lelia*.

El Archiduque hizo una larga ausencia de la isla, cuestión de cinco años, que empleó viajando por Oriente y las islas griegas acompañando a sus ahijados. Allá por 1909 volvió a Mallorca y en ella ha residido constantemente hasta hace muy poco. Volvió a su residencia habitual y a sus fincas jamás descuidadas. Los bosques ofreciéronsele todavía más emmarañados y bravios que cuando los dejó. Las colecciones de arte y arqueología local volvieron a hablarle de sus gustos de la primera juventud y del impulso que diera a la restauración intelectual de Mallorca. Lo que hizo por los estudios lulianos y el *Homenaje* que organizó en 1877 a la memoria del Doctor Iluminado con motivo de abrir nuevamente al culto la veneranda capilla de la Trinidad, por él adquirida y restaurada, cosas son para agradecidas efusivamente no sólo en las Baleares sino en Cataluña y en toda España. Los libros, la lengua familiar, las preferencias de habitación y mobiliario, las investigaciones filológicas, los macizos volúmenes de *Die Balearen*, y los cientos y miles de láminas que dibujó trasladando al papel desde lo más espléndido a lo más humilde que allí le ofrecieran la naturaleza, la historia o las costumbres, todo eso demuestra una cordial y honda naturalización, una preferencia de que hay escasos ejemplos.

He aquí a uno de los grandes y poderosos de la tierra, nacido en las mismas gradas de un trono imperial, con derecho a él acaso preferente al de otros candidatos a quienes cedió el turno en su afán de retiro y quietud. Helo aquí llevando una existencia que siempre consistió en substraerse a la grandeza, en emanciparse de la tiranía del rango y en sacudir, hasta donde fuese posible, el yugo de los protocolos y etiquetas palatinas.

Sin duda las corrientes democráticas de nuestro tiempo suben cada día de nivel y llegan a mayores alturas. El hombre lucha por su emancipación, tanto en las capas ínfimas como en las elevadas y superiores. Todos anhelamos lo mismo: vivir. Todos luchamos para organizar nuestra vida y la propia felicidad sin recibirlas impuestas de la herencia o de una presión exterior a nosotros mismos: el príncipe en su alcázar y el obrero en su tugurio.

Tal es la lección que se desprende de esa vida que acaba de extinguirse, singular y casi única. Si perteneció por el nacimiento a Florencia, y por la familia y el rango oficial a Austria, ha pertenecido a España y a una de sus más preciosas, ya que no preciadas, regiones, por vínculo de predilección. Esa predilección ha sido ya retribuida; pero lo será más, mucho más, con una estela de gratitud y un nombre aparte en los anales de Mallorca, sobre la cual vertió una notoriedad des acostumbrada.

Al disgusto de esa muerte se añade ahora el de una gran perplejidad. ¿Qué va a ser de esa fundación espléndida de Miramar que parecía cosa eterna e indestructible y constituía a manera de un patrimonio nacional abierto a todos los amantes de la belleza? Uno teme que «la leyenda de un príncipe» se deshaga como el encanto de los cuentos de hadas; que vuelvan poco a poco, al producto, a la labor, a la siembra, a la propiedad privada, los predios tan munificamente reunidos y conservados, y que el hacha meta su filo en los añejos troncos, desvaneciendo en pocos años toda aquella magnificencia de frondas, de umbrías, de nidos y de pájaros cantores.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



LOS DOS MUÑECOS

POR B. MORALES SAN MARTÍN

dibujo de J. Basté

Para la encantadora niña Esperancita Llorens y Sotillo.

... Y soñé que era rey.

Y claro está: el primer y más ferviente monárquico de mi reino de ensueño era yo; lo cual no tenía nada de particular, no obstante de que al acostarme estoy completamente seguro de que era un convencido republicano con mis puntas y ribetes de socialista. *Sic transit...*

Inmediatamente entré en funciones y di un golpe de Estado que me salió a las mil maravillas: me proclamé rey absoluto y para demostrarlo cumplidamente suprimí la Gaceta; derogué toda la legislación vigente, guardándome mucho de dar leyes nuevas, ni siquiera una mala «real orden»; disolví el Parlamento; licenció a los ministros, a todos los altos y bajos funcionarios, ejército, marina, clero, clases pasivas, etc., y establecí la república... Es decir, me reservé el trono para mí y dejé que los demás se gobernaran como quisiera su antojo, sin otra limitación que la de no derribar el trono y asegurar en él a mi augusta y fantástica dinastía. ¡Para disparates los que se sueñan!

Al ver mis amados súbditos que su rey y señor no les exigía ningún tributo, ni siquiera el pago de la cédula personal, ni la más modesta lista civil, pensaron elevar una estatua a su libertador. Pero les disuadí de su lisonjero propósito diciéndoles que alzando una estatua a un rey, así fuera tan absoluto como yo, dejaban *ipso facto* de ser republicanos y destruían la fantástica y graciosa paradoja de un Estado republicano gobernado por un monarca autoritario..., y prefería yo que pecaran por desagradecidos que por apóstatas. Y me dejaron en paz y se fueron con su estatua y con su música a otra parte, que era lo que deseaba su rey y señor.

Y el monarca sin cetro y sin corona, sin corte y sin súbditos, solo en su real palacio, como un ciuda-

... e insensible a cuanto la rodea, no tiene ojos ni oídos sino para su «Don Juan»

dano cualquiera aislado en medio de una gran república próspera, feliz e independiente, no preocupándose el pueblo de su soberano ni éste de aquél, sin nada que hacer ni en que entretener los mayestáticos ocios, se dedicó, como buen monarca de ensueño, a ejercer de rey mago, de esos reyes buenos y simpáticos por generosos y por viejos, y por enemigos de las guerras cruentas, que no hacen más que llenar los zapatitos de los nenes buenos como ellos de dulces y juguetes y otros infantiles tesoros. Y va a verse cómo cumplí mi delicada misión con una nena, blanca como la propia luna, rubia como un arrebol, pura más que la nieve de las cumbres, cándida como la azucena mística, y delicada como la flor del almendro.

Mi poder tenía tanto de divino como de mefistofélico, y lo mismo podía acatar y seguir las leyes divinas y naturales, cuando me conviniera, que trastornarlas cuando me acomodara también. Esto era ser rey y lo demás... música.

En un periquete construí yo mismo mi regalo e inauguré el primer acto de mi reinado mágico dejando en el zapatito de la linda nena de mi sueño un muñeco de porcelana que hablaba y se movía..., vamos una preciosidad y una maravilla. Figuraos una miniatura de hombre, pero un hombrecito completo, completísimo, hasta con el corazón en su sitio. Bastaba colocar la yema del dedo allí por aquella parte del pecho en donde a veces «suele estar» aquella importante viscera en las personas de veras, para notar sus latidos en mi muñeco. Le vestí como los elegantes de principios del siglo XX, y para ser lo que se llama un gomoso no le faltaba nada: aun puede que le sobrara su carita de ángel, su mirada inteligente y su expresión de bondad.

Parpadeaba; movía con distinción sus articuladas extremidades; hablaba y decía, después de darle cuerda, clara y distintamente:

— Te amo..., Esperancita..., te amo —, con su voccecita dulce y musical.

Es imposible describir la alegría de mi nena al tocar con sus manos tan lindísima personilla; alegría rayana en locura cuando vio que el muñeco andaba, sonreía y abriendo su rosada boquita le decía:

— Te amo..., te amo.

Orgullosa y contenta con su regalo, ni sabía a quién enseñarlo ni se cansaba de oírle su eterna cantata de amor, acercando cuanto podía su diminuta oreja para oírle mejor. Y causóle infinito asombro cuando al tomarle cualquier nena que no fuera ella, el muñeco ni reía, ni hablaba, ni nombraba a nadie, ni pronunciaba aquella dulce cantata:

— Te amo..., Esperanza..., te amo.

La alegría que le produjo juguete tan maravilloso y novedad tan rara duró una semana... Quince días después, ya olvidaba en un rincón al precioso «juguete», recomendando que nadie le tocara mientras jugaba con sus amiguitas. Cuando éstas, con expresión de envidia, le preguntaban a su dueña por aquel tesoro de ternura y de fidelidad, solía decir:

— Allí está.

— ¿Por qué no le traes? ¿Vamos a verle, a oírle hablar?, suplicábanle sus compañeras.

Y ella, con enojo, replicaba:

— ¿Para qué? Ya «me resulta» insoportable. Siempre la misma cancioncilla... Dale con «Te amo..., te

amo», y vuelta a lo mismo siempre, a toda hora. ¡Ya me enfada! Algunas veces le grito: «¡Ya lo sé, trasto..., ya lo sé!», y ni por éstas; siempre lo mismo.

Sus amiguitas rieron al oírle; algunas lo hicieron para disimular su envidia y su coraje. Éstas creían que Esperanza no merecía poseer aquella preciosa miniatura de hombre.

Notó la mamá de la heroína de mi sueño que ésta andaba algo preocupada; y acechándola para ver qué causaba su ceño y enojo, encontróla una tarde hurgándole en el pecho al divino monigote: quitóselo rápidamente, lo examinó y vio que aquel diablillo con faldas había descompuesto el complicado mecanismo que hacía palpar el corazón del hombrecillo de porcelana y roto el diminuto fonógrafo que le hacía hablar.

¡Habíale roto el corazón y dejado mudo al pequeño «Don Juan»! ¡Vive Dios que me luzco si le envió un «Don Juan» de carne y hueso!

Al saberlo, medité un terrible castigo que fuera venganza a la vez para el destrozado boquirrubio.

Y al año siguiente, día de Reyes, en que yo aun lo era, por obra y gracia de mi fantasía, dejé en el zapatito de aquella encantadora rubita — en cuya cabecita apuntaban ya la coquetería y la inconstancia con precocidad asombrosa —, otro mancebo chiquitín y hermoso, como el del año anterior; pero vestido como los caballeros del siglo XVII, calado el airroso chambergo, ceñida la rica espada y terciada la amplia capa. Aquel lindo «Don Juan» de retorcido mostacho y aire seductor y de perdonavidas, sabía decir algo más que «Te amo».

Mi nena lo recibió con indiferencia; le tomó, miróle de arriba abajo y le dejó sobre el piano, diciendo entre desdenosa y enojada:

— ¡Otro que tal!

Pero en seguida rompió a hablar el nuevo muñeco, el pequeño «Don Juan» de retorcido mostacho. Y al oírle decir con pasión:

— ¡Te adoro, Lucía! ¡Te amo, Sol! ¡Inés, te idolatro! ¡Muero por ti, Luz! ¡Margarita, me enloqueces!

Quedó suspensa y volvió a cogerle murmurando:

— ¿Qué es esto?

Y atendió con toda su alma a que el muñeco pronunciara su nombre. Fué en vano, porque en aquella interminable retahíla un nombre sucedía a otro, una frase de pasión a otra, sin que jamás se oyera en aquella boca seductora el nombre de Esperanza.

Fué a estrellarle contra el suelo obedeciendo al primer impulso del despecho; pero se detuvo considerando que era una lástima estropear aquella preciosa figurilla, de ojos picarescos y aire de redomado truhán. No pronunciaba el nombre de su dueña y señora, pero se retorció el mostacho con tal gracia, apoyaba la mano con tal distinción en el pomo de la espada, andaba contoneándose con gentileza nunca igualada por ningún galán, que podía perdonarsele todo.

Una idea asaltó a Esperanza: desabrochó la ropilla a «Don Juan», abrió su finísima camisa con encajes y buscó en su pecho...

— ¡Desencanto horrible! «Don Juan» no tenía corazón..., y al evocar involuntariamente su memoria el recuerdo de aquel otro galán que destrozó ella y cuyo corazoncito tantas veces sintió latir apresuradamente bajo su mano, un ligero rubor coloreó el rostro de Esperancita y algo como aurora de un remordimiento comenzó a invadir su corazón.

¿Creeríais que al nuevo «Don Juan», a éste cuyo pecho carecía de corazón, lo rompió o lo arrojó airada al montón de los juguetes inútiles, donde tal vez estarían aún los maltrechos restos de aquel que padeció muerte y pasión por no saber decir más frase que «Esperanza, te amo»? No, ciertamente.

Guardólo en el lugar más escondido de su cuarto y no lo enseñó a nadie para que ninguna de sus amigas le oyera decir:

— Lucía, Sol, Inés, Luz..., muero de amor por ti, por vosotras...

Y apenas puede corre allí, enciérrese con él y allí pasa las horas y los días, e insensible a cuanto la rodea, no tiene ojos ni oídos sino para su «Don Juan», a quien contempla enajenada, loca de pasión, mientras se le desgarran el alma oyéndole llamar a Lucía, a Sol, a Inés, a Luz, a todas las belle-

zas excepto a ella, a Esperanza... Y sin embargo, Esperanza espera, la ilusa, que el galán un día, un momento tan sólo, la nombre a ella siquiera una vez como limosna de amor, como restos de otros afortunados amores, para morir contenta besando la boca del inconstante y cruel «Don Juan».

Compadecida mi augusta y fantástica majestad al ver languidecer de amor no correspondido y de pena incurable a Esperanza junto a aquel gentil muñeco sin corazón, que llamaba, sin embargo, con acento enamorado a todas las mujeres de la creación menos a la única que le amaba sin esperanza, pero con toda su alma, fui a suspender tan cruel suplicio; pero quiso la mala fortuna de todos que en aquel punto y hora despertara de mi ensueño y amañeciera tan plebeyo y pobre de fantasía como me dormí..., y ya no pude impedir que aquella nena su-

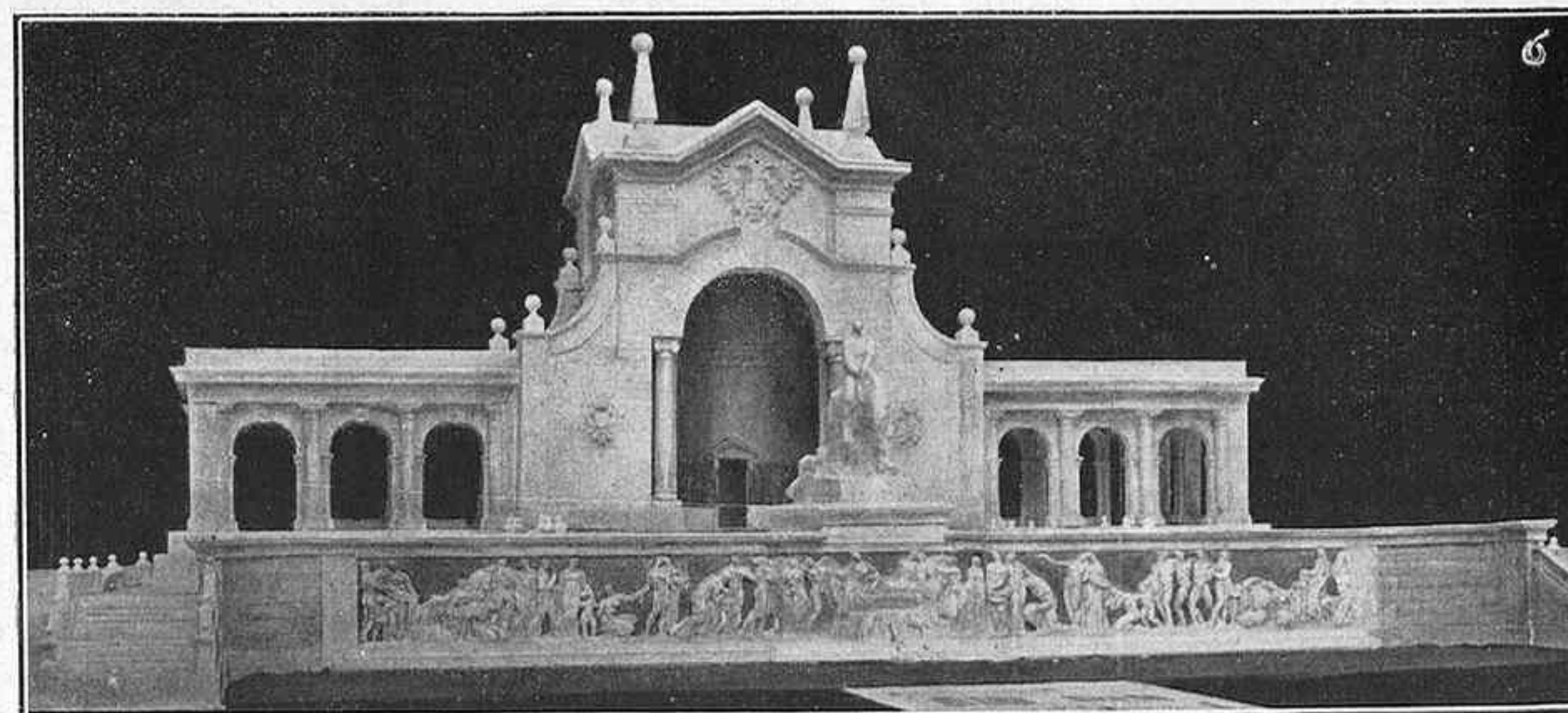
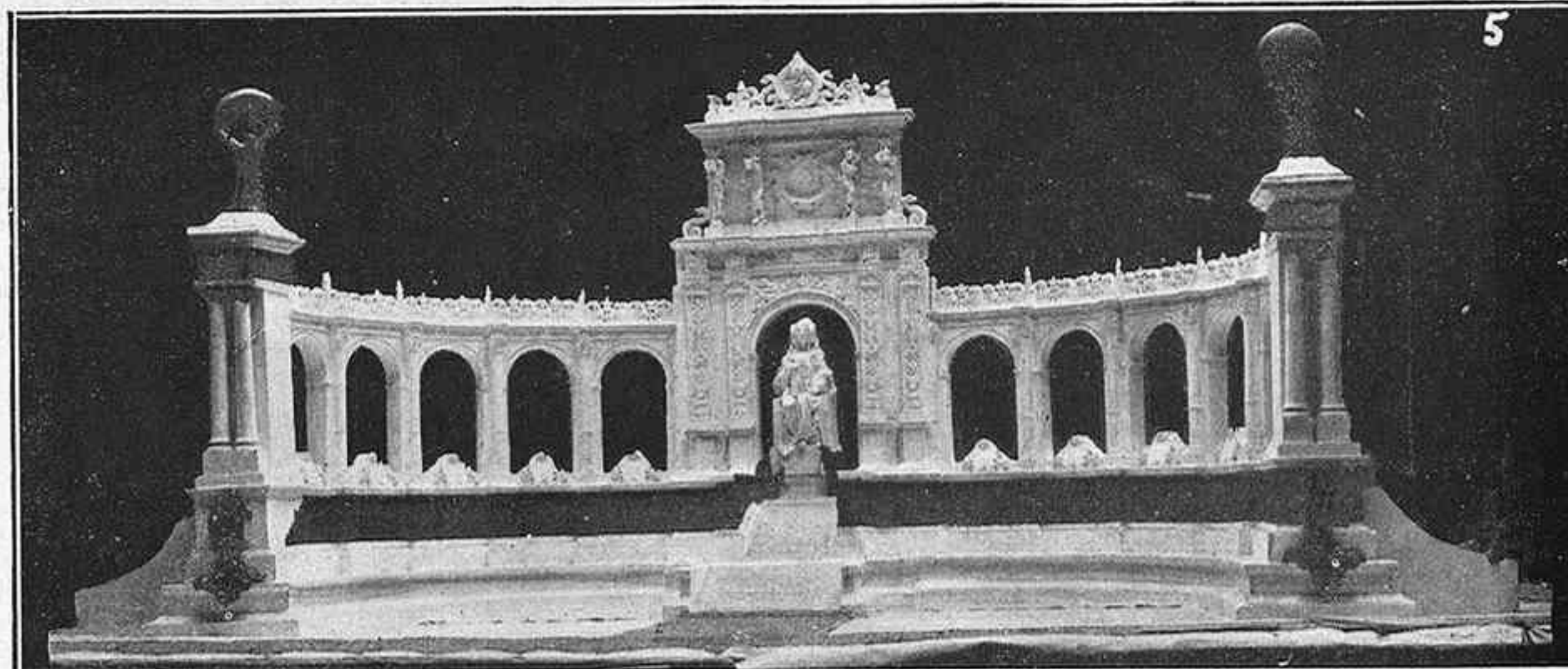
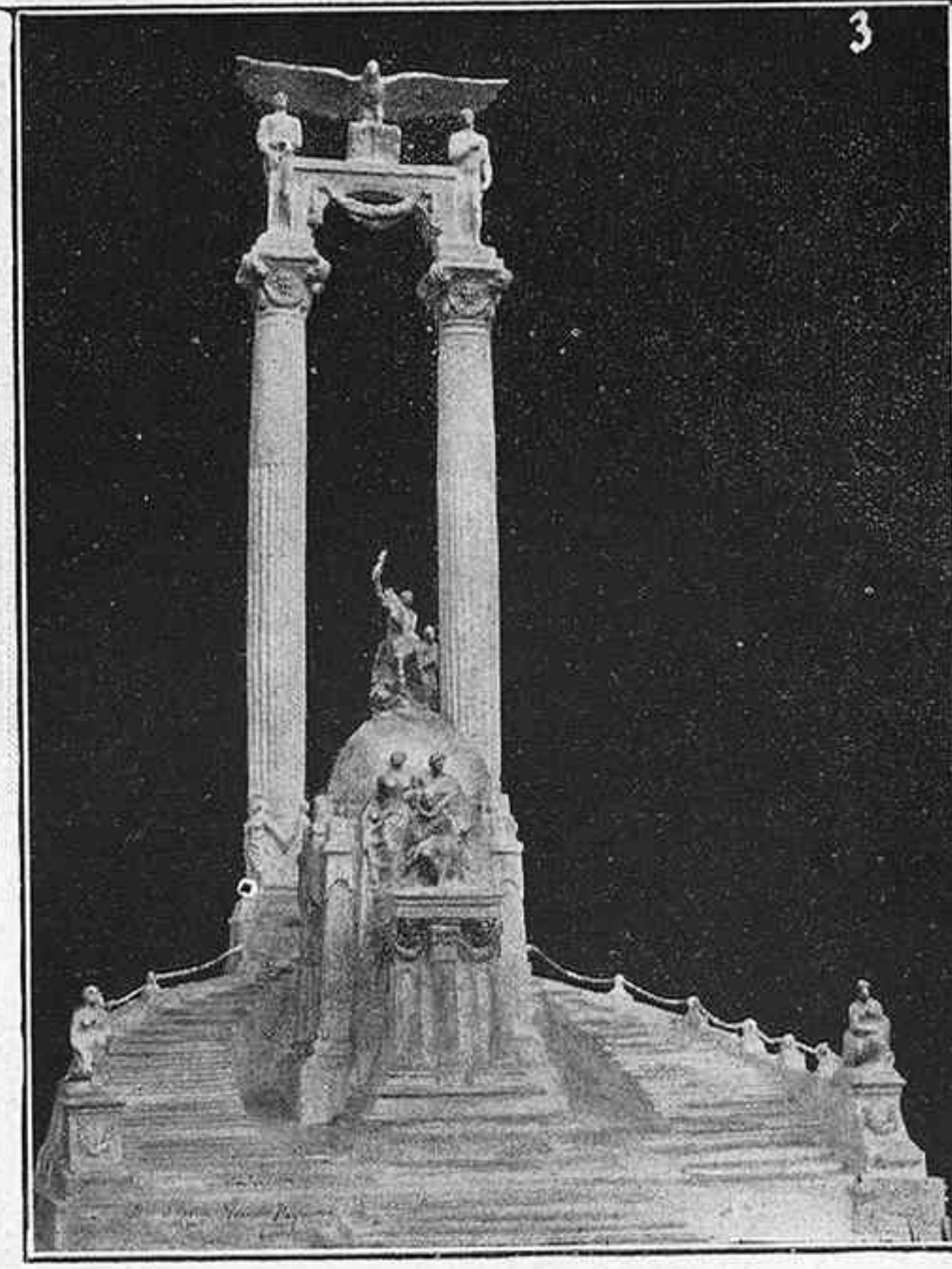
fra y agonice de amor eternamente, porque de esta realidad en que vivimos no se puede volver cuando se quiere al mundo de los sueños; y es imposible terminar aquel ensueño interrumpido, como es mi deseo y seguramente será el tuyo, niña adorada.

Cuando despiertes de tu presente sueño de inocencia y tu corazón de oro se contraste en la piedra de toque de la vida, acuérdate de mi ensueño y piensa, encantadora Esperanza, que si casi todas las mujeres proceden con los muñecos de carne y hueso que Dios puso a su lado como la nena de esta historia fantástica con sus muñecos de porcelana..., tú no puedes ser como todas.

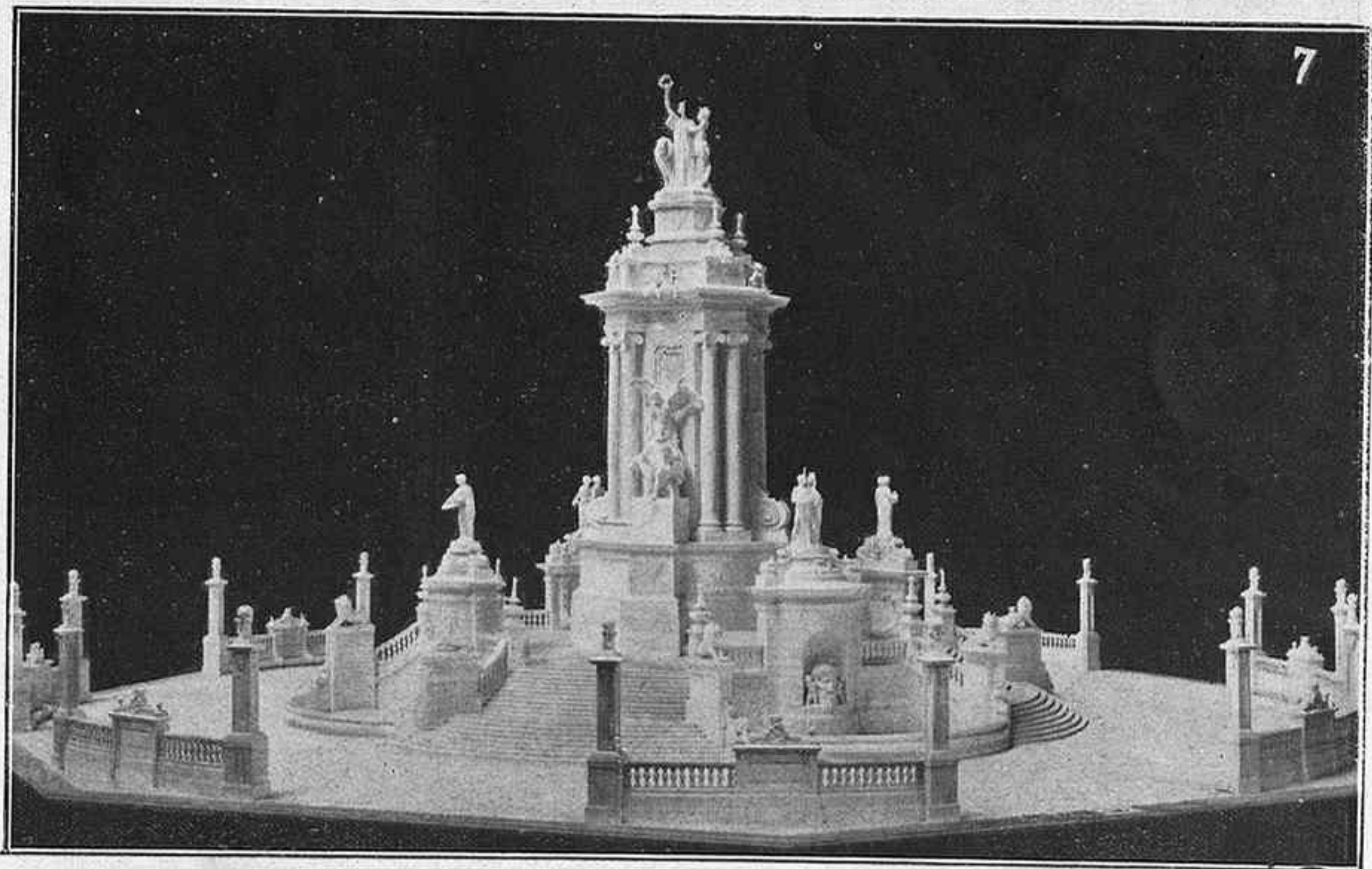
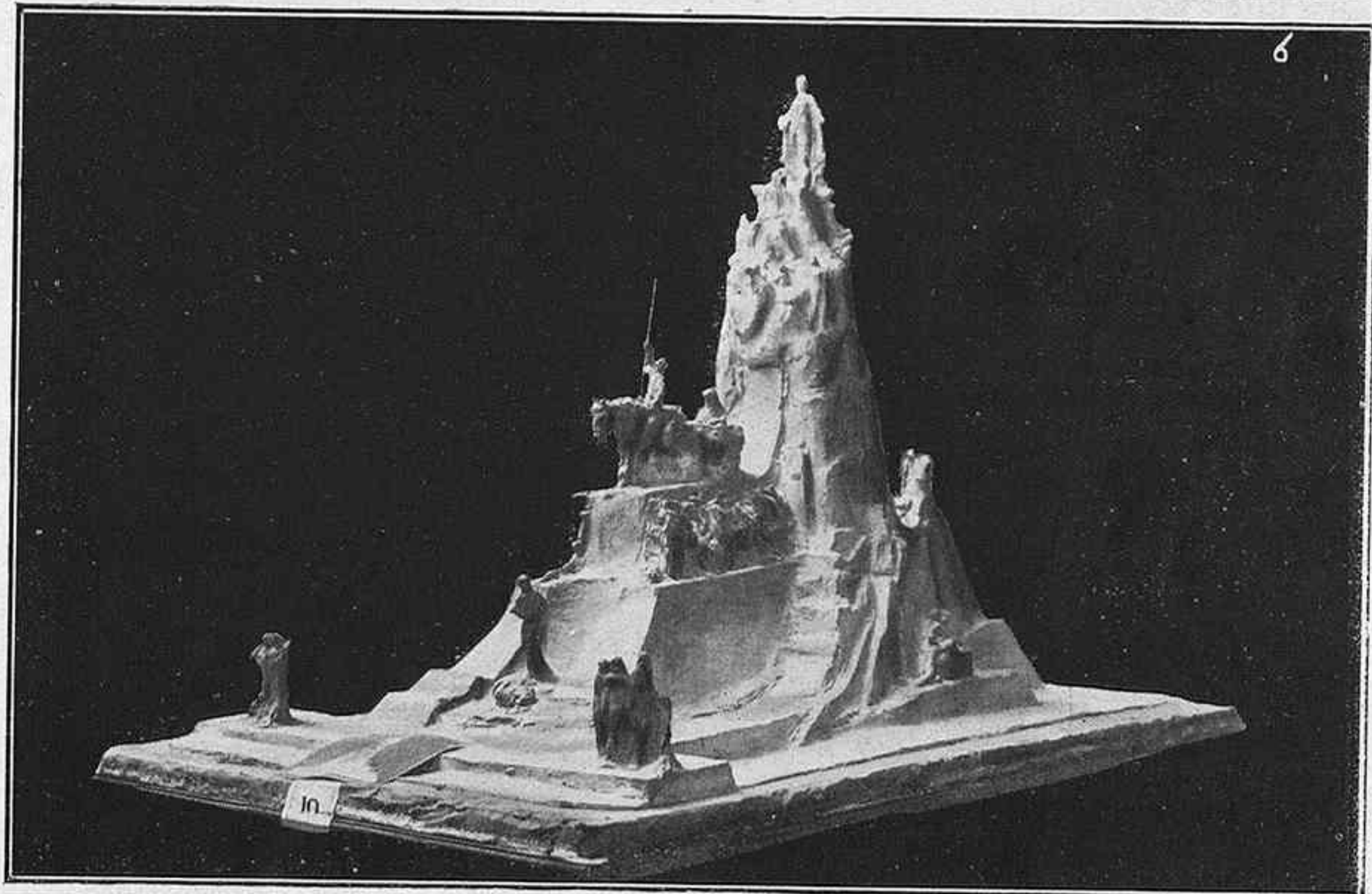
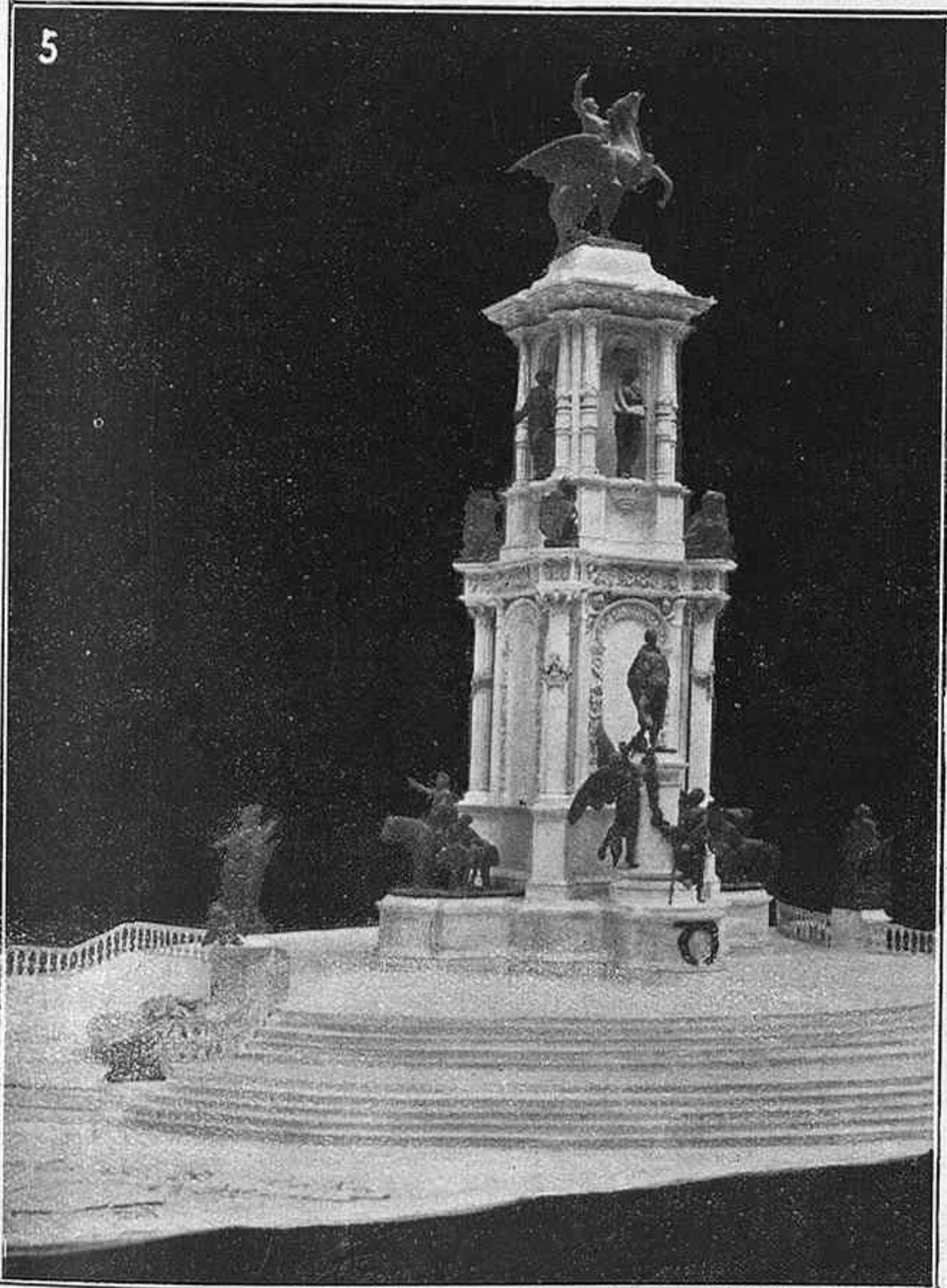
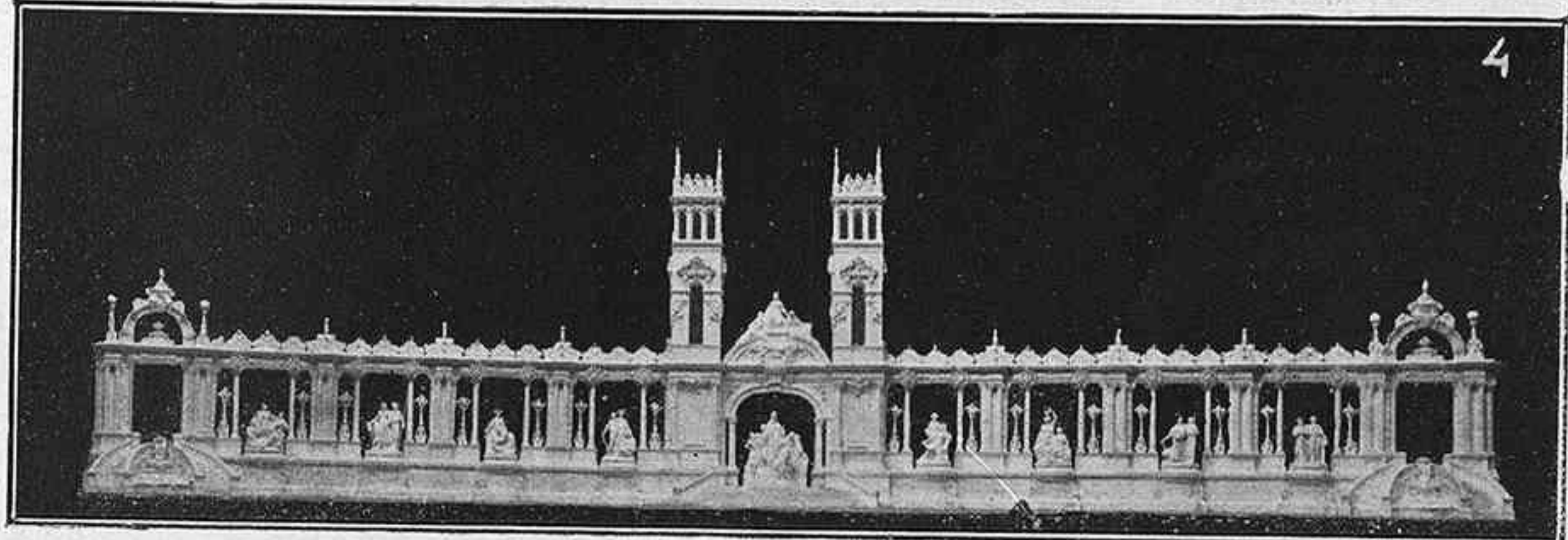
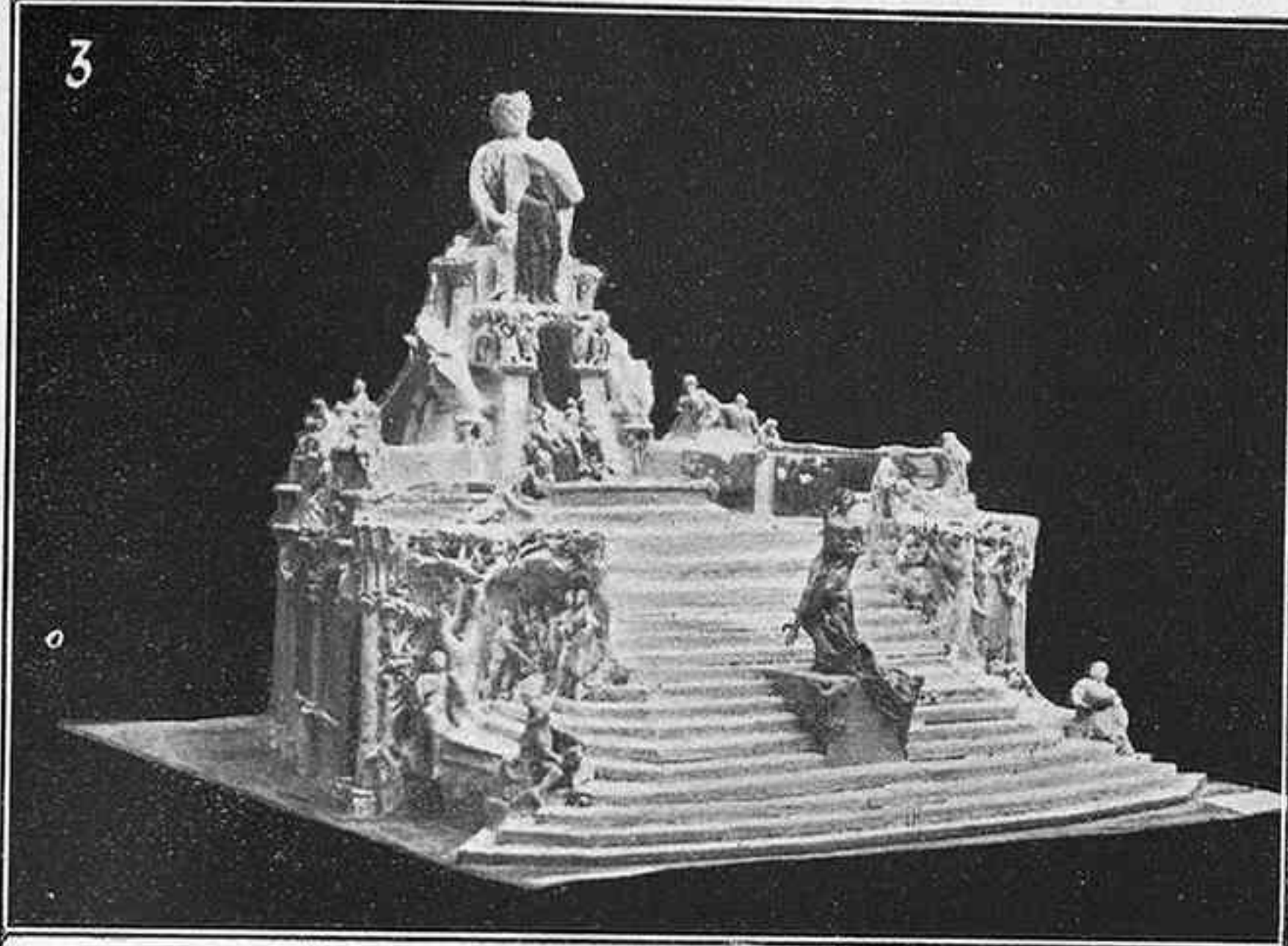
Y ya sabes lo que pasó, entre una linda nena y dos muñecos, una vez que soñé que era rey...

MADRID.—ANTEPROYECTOS DEL MONUMENTO A CERVANTES

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



1. De D. José Campeny, escultor, y D. Antonio Vilá, arquitecto. — 2. De D. A. García, escultor, y D. J. Lorite, arquitecto. — 3. De D. J. Higuera y D. M. Jorroto, escultores, y don V. Ortíz, arquitecto. — 4. De D. Ignacio Farrán, escultor, y D. Eduardo M. Balcells, arquitecto. — 5. De D. Esteban Calleja, escultor, y D. C. Moro Cabeza, arquitecto. — 6. Monumento llamado del bloque, de los Sres. Antonio, Capuz, Huertas y Salazar, escultores, Florez y Valbuena, arquitectos, y Romero de Torres, Zaragoza, Nieto, Arteta, Penagos y Moya del Pino, decoradores.



1. Del Duque de Tovar, escultor, y D. Eladio Laredo, arquitecto. - 2. De D. Manuel Marín, escultor, y D. Pablo Aranda, arquitecto. - 3. De D. Emilio Fortín, escultor, y señor Martínez Romero, arquitecto. - 4. De D. P. Alguero, escultor, y D. J. Carrasco, arquitecto. - 5. De D. Miguel Morales, escultor, y D. S. de la P. y Costa, arquitecto. - 6. De don Higinio Bastera, escultor, y D. Marcelino Corivala, arquitecto. - 7. De D. Manuel Castaños, escultor, y D. E. Antón Hernández, arquitecto.

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. - Los aliados han rechazado ataques contra las filas británicas en la cota 70 y entre Hulluch y el reduto de Hohenzollern, en las inmediaciones de Souchez, en varios puntos del Artois en donde los alemanes logran únicamente penetrar en algunos elementos de trinchera del bosque de Givenchy; contra las posiciones conquistadas al Norte de Reillon (Lorena), entre el Linge y Schratzmaennele y entre Recheffelsen y Sudeskopf, en donde los alemanes sólo consiguieron recuperar unas trincheras en la cumbre de Harmannsweilerkopf, que no tardaron en perder de nuevo; han tomado algunas trincheras al Sur de Hulluch, detrás de la carretera de Vermelles, en el reduto de Hohenzollern y al Norte de Reillon; han consolidado y ampliado las posiciones ocupadas en el bosque de Givenchy; han tomado una barriada al Sudeste de Neuville-sur-Vaast, y han proseguido su avance hacia el barranco de la Soutte (Champaña).

Los alemanes han rechazado ataques en todo el frente entre Iprés y Loos (perdiendo, sin embargo, algunos elementos de trincheras en las cercanías de Vermelles), contra las posiciones de Hulluch, contra el frente desde el Sudeste de Souchez al Este de Neuville, contra el Tahure (Champaña) y contra las posiciones tomadas al Sur de Leintrey (Lorena); han tomado elementos de trinchera al Este de Souchez, y parte de las posiciones francesas de la pendiente Oeste del Schratzmaennele; y han mejorado algunas posiciones de Hartmannsweilerkopf y desalojado otras después de haberlas destruido.

Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos han rechazado ataques en el frente de Dwinsk, al Sur del lago Demmen, en la región de Eckau, obligando a los alemanes a retroceder hasta el río Janch, en la región de Chachkivo al Sur del lago Sventen) y al Oeste de Illuxt; han obtenido una importante victoria al Norte del lago Drisviaty y varios éxitos en el Pripet; han tomado una altura al Noroeste de Illuxt, algunas

trincheras en la región del Demmen y a orillas del Styr, más arriba de Czartorisky, y varios pueblos al Oeste del lago Obila, al Sudoeste de Pinsk, en el Pripet, en el Styr y al Oeste de Trembovla; y han roto el frente enemigo en el Strypa, empujándolo al Oeste de Tarnopol y al Sur de Trembovla, retirándose aquél en desorden.

ques en el Tirol, en Carnia y en el Carso; han tomado la posición de Pregasina, importante punto avanzado de un grupo fortificado en la zona montañosa al Oeste del lago de Garda, y han extendido, en el Carso, sus posiciones del monte de San Michele.

Los austriacos se limitan a decir que han rechazado todos los ataques en los diversos frentes.

En los Dardanelos. - No han ocurrido sucesos de importancia. Los turcos han bombardeado un campamento enemigo, ocasionando grandes pérdidas; y los aliados dicen que desde 1.º de mes han sido contenidos todos los intentos de los turcos para acercarse a sus posiciones.

En los Balcanes. - Los austroalemanes han tomado Semendria, han ocupado todas las alturas que rodean Belgrado, se han apoderado de Pojarevats, han asaltado Vranovoberg, al Sur de Belgrado, y Smoljendo, al Este de Pojarevats; han tomado un pueblo en el ferrocarril de Belgrado a Palanka y varias alturas al Sur de Kipotek; han expulsado al enemigo más allá del Ralja, al Sudeste de Semendria, y de varias alturas cerca de Sappina y Macki, y continúan avanzando en las mesetas al Sur de Belgrado. Al mismo tiempo han iniciado su ofensiva en el frente montenegrino; pero, según un telegrama de Cetina, han sido rechazados con grandes pérdidas.

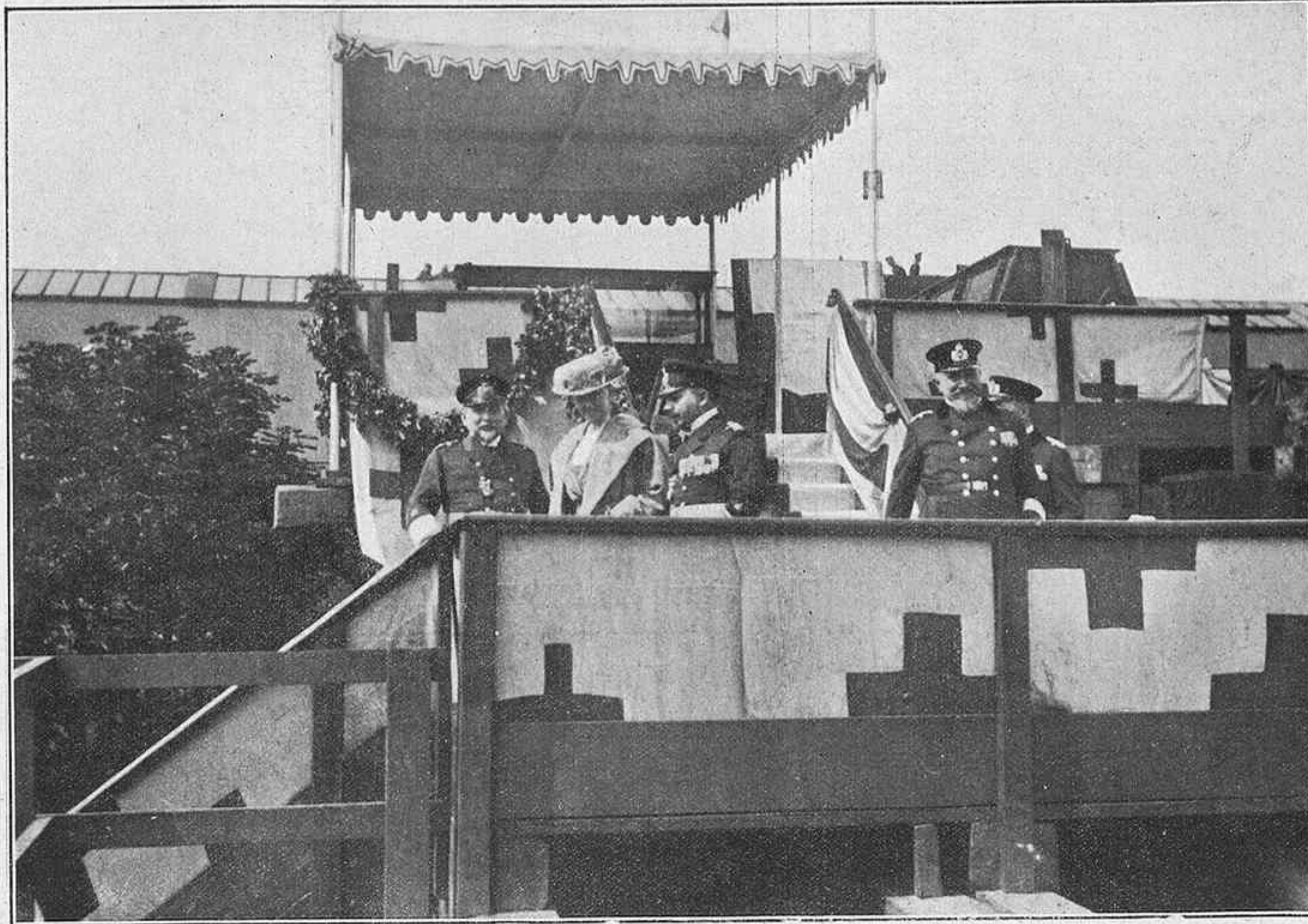
Los búlgaros han invadido Servia por el Norte y el Sur de Nish; han tomado los desfiladeros entre Belgradeic y Kujarevac, han asaltado la altura de este

nombre y se han apoderado de los fuertes al Este de Zajavar.

Los serbios han rechazado en muchos puntos los ataques de los austroalemanes y de los búlgaros, han recuperado varias posiciones y en el frente del Save se mantienen en las suyas. Las tropas aliadas desembarcadas en Salónica han comenzado a salir en dirección a la frontera servio-búlgara.

Grecia ha declarado que no considera aplicable al *casus foederis* actual el tratado de alianza que tiene con Servia, puesto que no se trata de una guerra balcánica, sino de una lucha enlazada con la guerra europea.

Austriacos e italianos. - Los italianos han rechazado ata-



La esposa del feldmariscal Hindenburg presidiendo la ceremonia del bautizo de un crucero acorazado que llevará el nombre de su esposo. (De fotografía de Hofer.)

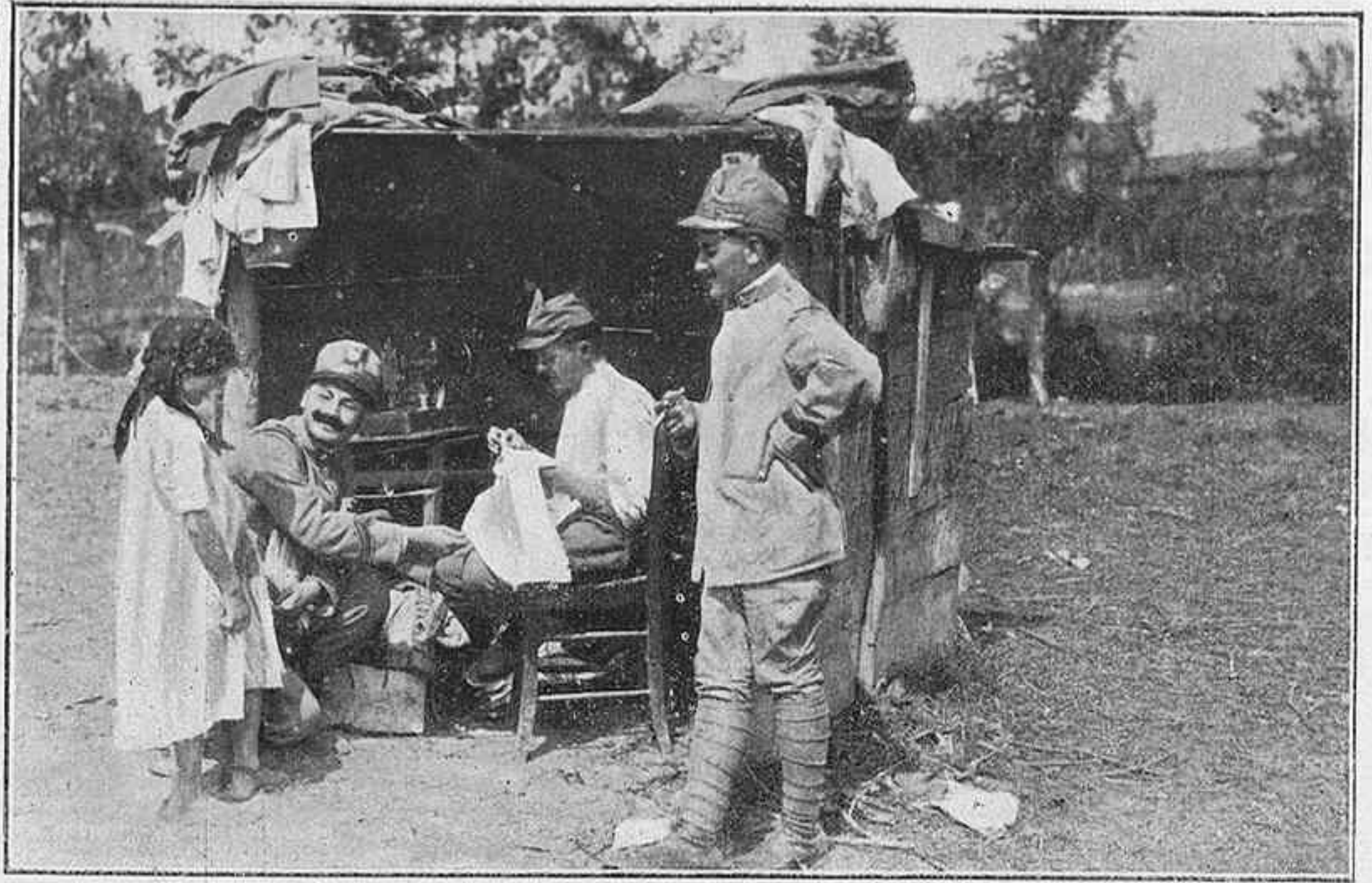
Los austroalemanes han rechazado ataques al Oeste de Jacobstadt, en las inmediaciones de Dwinsk, al Nordeste y al Sur de Smorgon, en el arroyo Kormin y a orillas del Strypa; han progresado al Sur de Riga y al Oeste de Illuxt; han desalojado a los rusos de varias posiciones al Este de Mitau, a orillas del Styr inferior, obligando al enemigo a cruzar este río, y en Rudka-Bilko-Wolskaja; y han hecho fracasar el intento de avance de los rusos a orillas del Styr y el ataque a ambos lados del ferrocarril de Liakovitchi a Baranovitchi.



En los Dardanelos. - Soldados aliados fabricando bombas de mano, para las cuales utilizan viejas latas de conservas y otros receptáculos análogos, fragmentos de proyectiles turcos y alambres cogidos en las alambradas de las posiciones enemigas. (De fotografía de Carlos Trampus.)



S. M. el Rey Víctor Manuel III visitando los puestos avanzados de Valle de Ampola



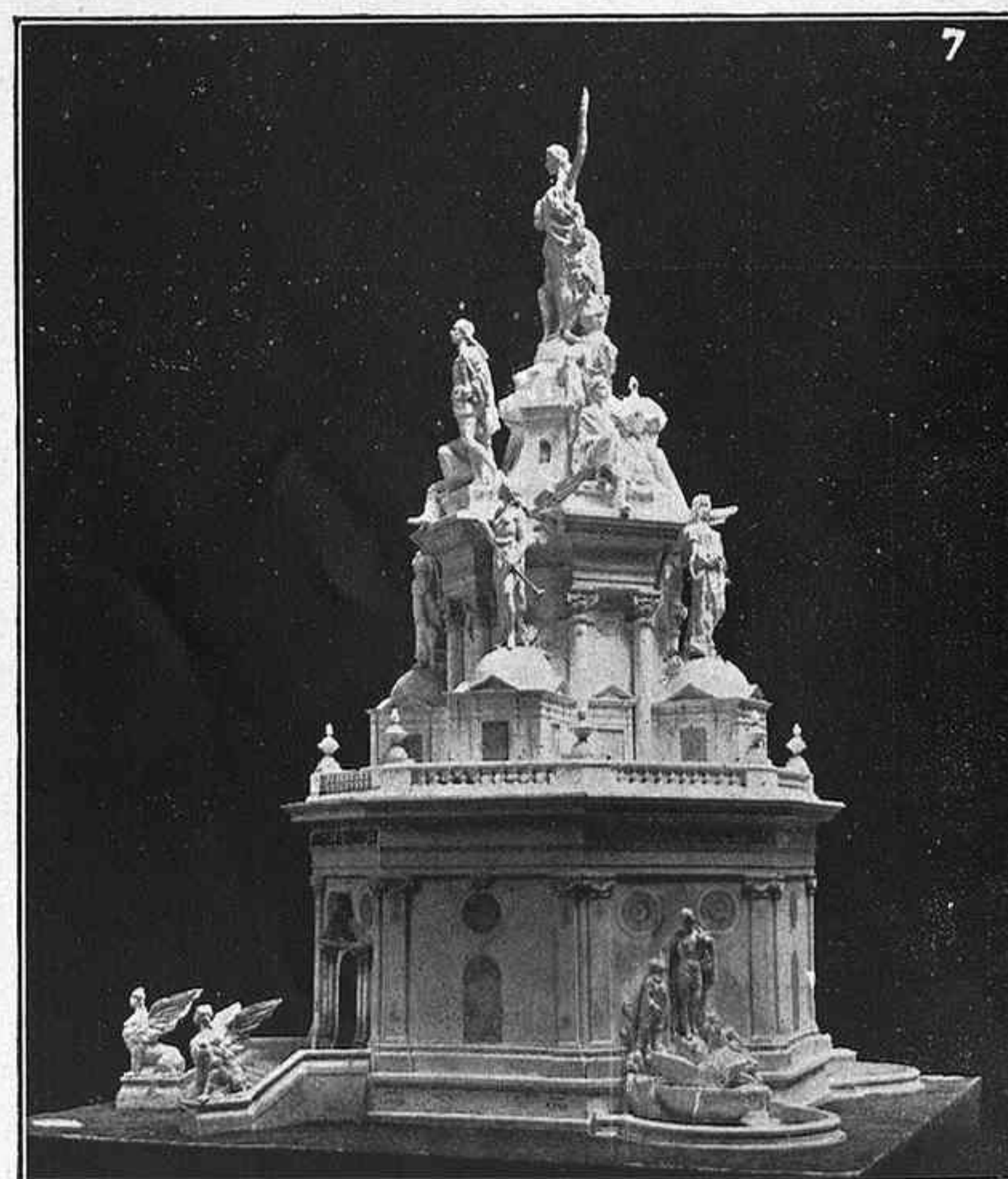
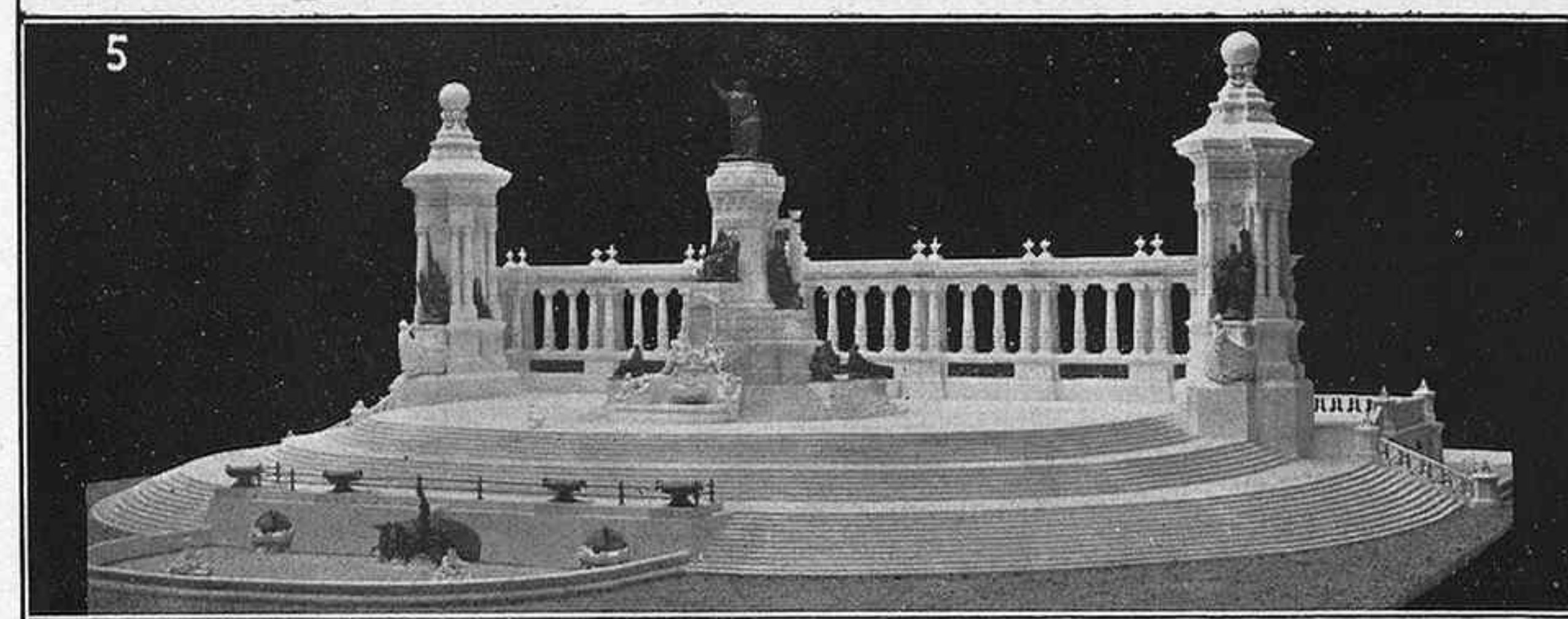
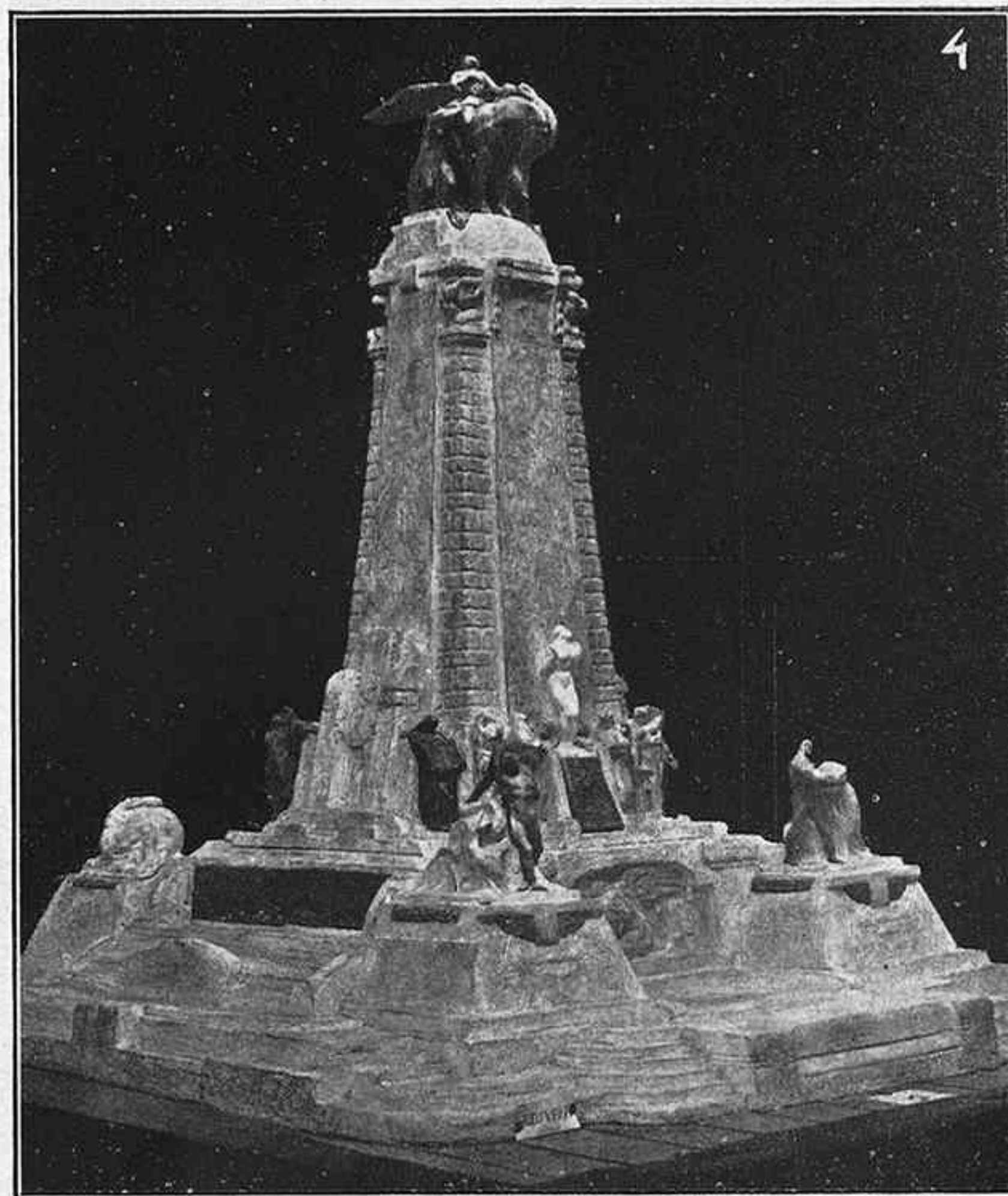
Tienda de un sastre militar instalada en el frente de batalla



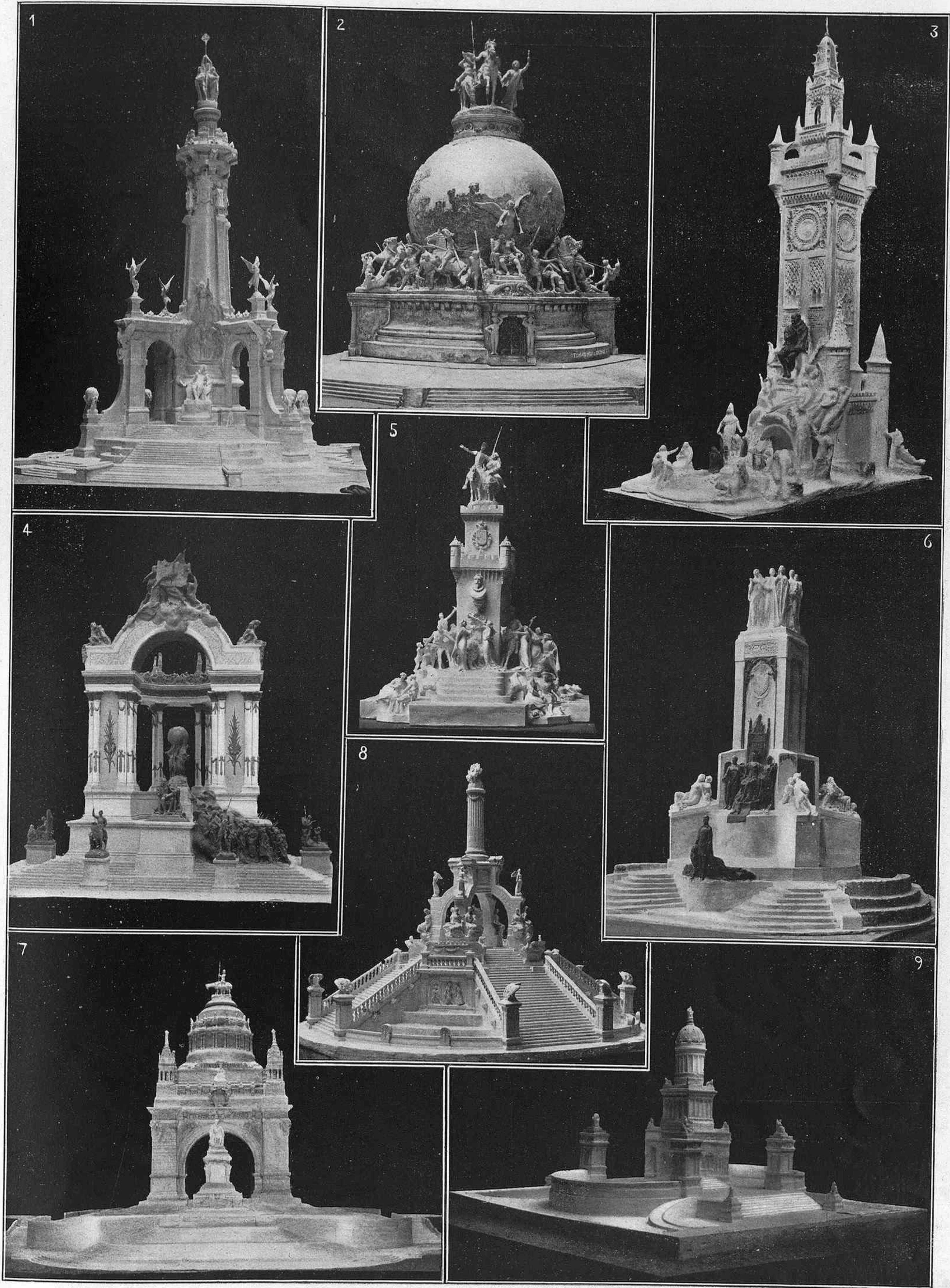
Transporte de un cañón de 305 en un terreno montañoso y poblado de bosques



Soldados italianos construyendo una trinchera en las posiciones conquistadas en Campolongo, en la región del Carso. - Plaza de la ciudad de Monfalcone, situada cerca del golfo de Trieste y a la orilla del Isonzo, que ha sido tomada por las tropas italianas



1. De D. E. Cuartero, escultor, y D. J. Carrasco, arquitecto. - 2. De D. L. Franco Pereyra, escultor, y D. Eusebio Bona, arquitecto. - 3. De D. Manuel Menéndez, escultor, y don Manuel Bobes, arquitecto. - 4. D. Juan Adsuara, escultor, y D. José Gimeno, arquitecto. - 5. De D. Sixto Moret, escultor, y Sr. Martínez Abaria, arquitecto. - 6. De D. José Gallardo, escultor, y D. E. González Mateo, arquitecto. - 7. De D. Miguel de la Cruz, escultor, y D. Leopoldo J. Ulled, arquitecto.



1. De D. Pedro Carbonell, escultor, y D. C. Buigas Monravá, arquitecto. - 2. De D. Tomás Mur Lapeyrade, escultor y arquitecto. - 3. De D. Narciso Sentenach, escultor, y D. Eladio Laredo, arquitecto. - 4. Del duque de Tovar y V. Cerveto, escultores, y Sr. Laredo, arquitecto. - 5. De D. Alfredo Berenguer, escultor, y D. J. Cabello y Dodero, arquitecto. - 6. De D. Ramón Novella, escultor, y D. José A. Capdevila, arquitecto. - 7. De D. Francisco Roca y Simó, escultor y arquitecto. - 8. De D. Dionisio Pastor, escultor, y D. Francisco Azorín, arquitecto. - 9. De D. Juan B. Palacios, escultor, y D. Enrique Viedma, arquitecto.

VALLADOLID. — ACTOS SOLEMNES PRESIDIDOS POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Inauguración de la «Ciudad Jardín Alfonso XIII». — Primer grupo de casas inaugurado

El día 17 de este mes, S. M. el Rey D. Alfonso XIII, acompañado del presidente del Consejo de Ministros Sr. Dato, visitó la ciudad de Valladolid con objeto de presidir algunos importantes actos que en aquella capital se celebraron.

A su llegada, dirigióse desde la estación a la Academia de Caballería, en cuyo patio, elegantemente adornado, dióse una misa de campaña. Terminada ésta, los nuevos alumnos prestaron el juramento a la bandera, después de lo cual Su Majestad los arengó animándolos a cumplir los altos deberes que les impone el uniforme militar.

Los alumnos vitorearon con entusiasmo al Rey.

ción que en todos producía aquel acto, encomió la patriótica iniciativa del Rey, elogió la labor del Fomento de la Propiedad y el desprendimiento de los industriales catalanes regalando todo el ajuar de la casa que iba a entregarse a un obrero; señaló también la gran importancia social del acto que se efectuaba, por cuanto tiende a elevar la condición del obrero, y su trascendencia política porque contribuye a estrechar la fraternidad de las provincias españolas.

Terminados los discursos, S. M. felicitó a los Sres. Carballo, Junoy y Dato, y llamando al obrero Bonifacio Ramos Espino, a quien ha correspondido por suerte la casa, firmó la escritura de donación. Después el canónigo Sr. Gómez bendijo la casa, que luego abrió el Soberano utilizando una llave de plata. El Rey, seguido de su comitiva, recorrió el edificio, elogiando su construcción, distribución e instalación y poniendo su firma en un retrato suyo que había en una de las habitaciones, e hizo entrega de la misma a Bonifacio Ramos, departiendo afablemente con éste y con su esposa y acariciando a sus seis hijos, que le entregaron ramos de flores.

Concluida la ceremonia marchó S. M. al Palacio municipal en donde fué obsequiado con un *lunch*, y después se trasladó al Teatro Calderón de la Barca con objeto de inaugurar el Congreso Nacional Científico. Ocupó el monarca su asiento en el estrado teniendo a sus lados al presidente del Consejo de ministros, al alcalde de Valladolid Sr. Infante, al presidente del Congreso Dr. Carracido y al general de Ingenieros Sr. Marvá. Previa la venia del Rey, el Secretario del Comité del Con-

paz que se celebra en la culta Europa, en cuyas principales naciones la Ciencia no halla ambiente sino para invenciones de guerra, leyó algunos fragmentos de su discurso inaugural que es un hermoso trabajo sobre el progreso de las Ciencias en nuestra época.

Su Majestad dió luego lectura a un bellissimo discurso en el que expresó la complacencia con que asistía al acto, ensalzó la obra del Congreso que, cooperando al adelanto de las Ciencias, trabaja por el progreso, el bienestar y la gloria de España; señaló la importancia de la misión que realizan los sabios en todos los tiempos y más aún en el presente momento trágico de la



El obrero Bonifacio Ramos, a quien ha correspondido en suerte una casa, esperando a la puerta de ésta, junto con su familia, a S. M. el Rey, que había de hacerles entrega de su nueva vivienda.

Historia; hizo votos porque renazca pronto la paz en el mundo y pueda la Ciencia restaurar las ruinas, restablecer la prosperidad y encauzar de nuevo el incesante esfuerzo hacia el mejoramiento del hombre y la realización de sus destinos; y excitó a los congresistas y a todos los sabios a que siguieran sembrando la semilla del saber y trabajando en la noble competencia de los pueblos y de los hombres para ensanchar el horizonte del conocimiento y llegar por el camino de la verdad a una más amplia concepción y práctica del bien.

El discurso de S. M. fué acogido con una estruendosa salva de aplausos.

Terminada la ceremonia inaugural, el Monarca y su séquito se dirigieron a la nueva Universidad para visitar la exposición anexa al Congreso, siendo allí el Rey recibido por el rector, el claustro de profesores, el Sr. Torres Quevedo, el general



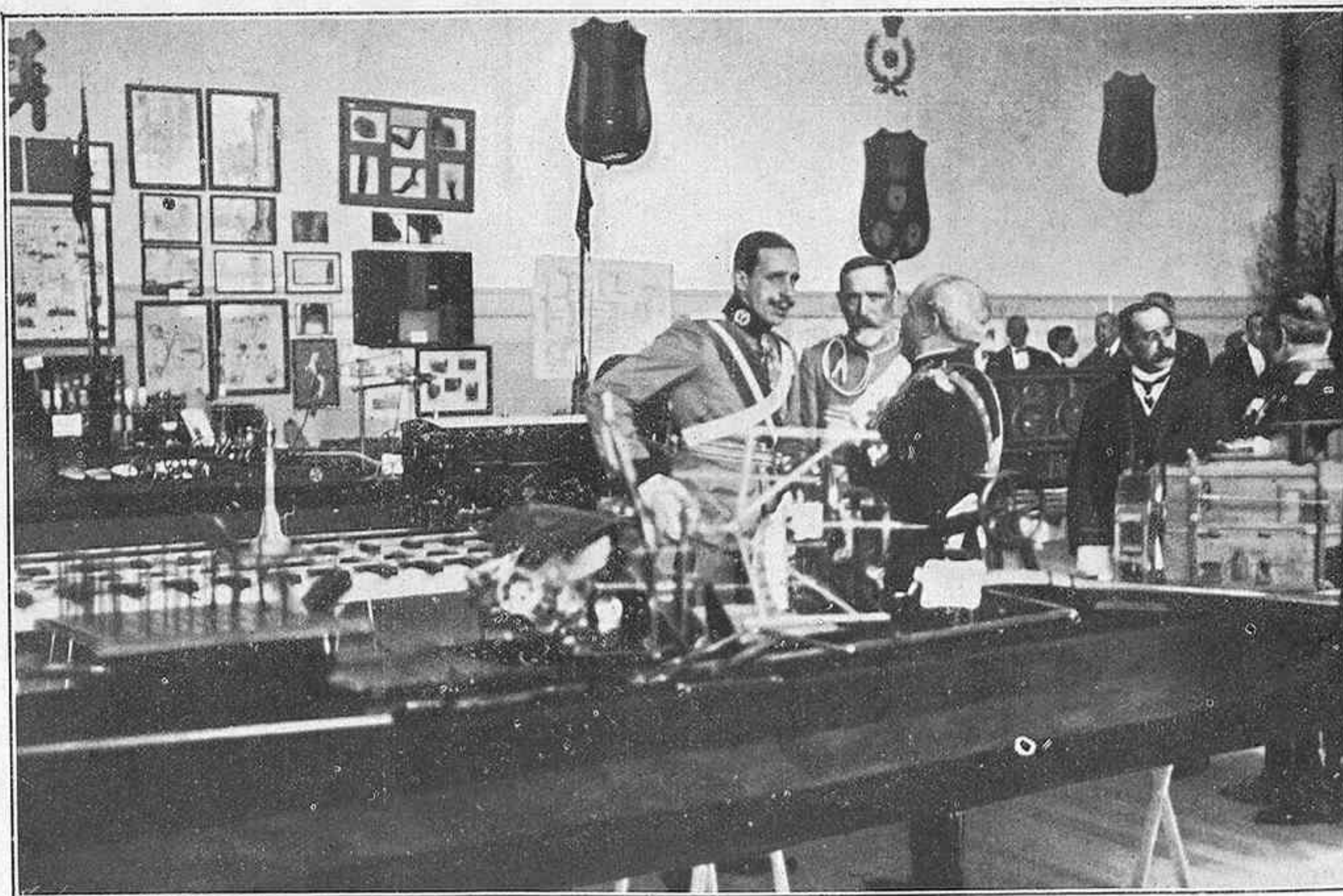
La familia del obrero Bonifacio Ramos hablando en la puerta de su nueva casa con Su Majestad

Desde la Academia trasladóse el Soberano al sitio denominado La Rubia, en donde está enclavada la «Ciudad Jardín Alfonso XIII» y se halla edificado el grupo de casas baratas construido por el Fomento de la Propiedad de Barcelona, siendo recibido con entusiastas aclamaciones por el inmenso gentío allí congregado.

Su Majestad y la comitiva oficial ocuparon la tribuna regia y seguidamente el Sr. Carballo, senador por Valladolid y presidente delegado del Fomento de la Propiedad dió lectura a un discurso dando las gracias al Monarca por su asistencia al acto, haciendo la historia de la Ciudad Jardín que se inaugura y ensalzando a la región catalana que tan eficazmente había contribuido a aquella importante obra.

Seguidamente el senador por Lérida y consejero del Fomento de la Propiedad Sr. Junoy pronunció elocuentes frases manifestando la significación social del acto que se celebraba, que no era sino realización de las iniciativas de S. M., y en el cual aparecían hermanadas Castilla y Cataluña y abrazados el capital y el trabajo.

El Sr. Dato, en un hermoso discurso, asocióse a la satisfac-



Su Majestad visitando las instalaciones de la Exposición científica que se halla instalada en la nueva Universidad y que se ha organizado con motivo de la celebración del Congreso Nacional Científico

greso, Sr. Corral, dió lectura a una interesantísima Memoria de los trabajos preparatorios realizados y a continuación el general Marvá, después de hacer constar la importancia del Congreso, tal vez el único dedicado a una obra de progreso y de

Aranaz y otras distinguidas personalidades. S. M. visitó detenidamente todas las instalaciones, mostrándose complacido de su visita y felicitando con entusiasmo a los organizadores de la Exposición y a todos los expositores.

¿MAS FUERTE QUE EL AMOR?

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



—¿Cómo quiere usted que haya pasado? Un mandadero público vino a las siete...

Ni una palabra más.
 La cosa pareció extraña a Silioli, el cual mandó llamar al portero, que vino en seguida.
 — Explícame cómo ha pasado, le dijo el principal.
 — ¿Cómo quiere usted que haya pasado? Un mandadero público ha venido a las siete, si... serían quizá las siete, pero no más tarde, y me ha dicho: «Un señor me ha entregado este paquete para traerlo aquí, al despacho de la casa Silioli; ¿es aquí, verdad?..» — Sí... «Para don Inocencio... ¿Viene aquí, verdad?» — Sí. — Y se ha marchado.
 — ¿No ha dicho nada más? Piénsalo...
 El portero pensó por obediencia.
 — Me parece que dijo: «Con Dios», pero no estoy seguro.
 — ¿Qué número llevaba el mandadero?
 El portero no se había fijado en el número.
 — Usted comprende que cuando un mandadero me entrega algo puede llevar el número que le parezca, y hasta se lo puede meter en el bolsillo... Pero si le confío una maleta, entonces quiero ver el número.
 Dicho esto, aquel hombre prudente se volvió a la portería.
 Durante el interrogatorio del portero, los dos escribientes, con la pluma enganchada en la oreja, asistían en pie con cierto aire de jueces, mientras que el Sr. Rampichini no se había movido de su puesto por no parecer dar demasiada importancia a la escena.
 Y, sentado en un rincón, Inocencio permanecía con la cartera vacía en la mano.
 — Está visto, el ladrón ha sido hábil, dijo Silioli, a fin de hacer comprender a los escribientes que la

escena había concluido y podían volverse al libro mayor; pero uno de los jóvenes, quitándose la pluma de la oreja, dijo que el ladrón había sido también audaz, porque había corrido un riesgo.
 Sólo entonces alzó Rampichini los ojos del registro para enunciar esta sentencia:
 — Un buen ladrón debe ser siempre audaz; ¿quién no sabe eso?
 Inocencio no oía ya nada.
 Más tarde, Silioli, viendo que su cajero seguía abismado en negros pensamientos, lo llamó y le dijo con amabilidad:
 — Oiga, no se desespere de ese modo; siga trabajando, hágase útil a mi negocio, y extinguirá poco a poco su deuda.
 Inocencio quiso que su principal retuviese al menos las diez mil liras de la fianza, y ofreció las otras pocas que había colocado en el banco; Silioli tomó las diez mil liras, pero rehusó las demás, porque tenía que casarse con Angélica.
 ¡Casarse con Angélica! ¡Santo Dios! ¿Y si ésta ya no le quería porque era demasiado pobre?
 Esta idea más sombría se impuso a las demás; a Silioli le fué fácil hacer aceptar a su cajero un partido práctico para que las cincuenta mil liras sustraídas de la caja volvieran a ella paulatinamente.
 Viendo que el novio temía que la novia y su padre ya no quisiesen oír hablar del matrimonio, el buen Silioli expuso bruscamente la idea de no decirles nada, pues al cabo y al fin, a pesar de su sangría, no dejaba de ser un buen partido si la muchacha era seria y no tenía grillos en la cabeza.
 ¿Qué más podía decir el buen Silioli? Otra cosa: dijo que dejaba determinar al cajero la medida de la restitución, de la manera que no le resultase demasiado pesada.
 Inocencio le dió efusivamente las gracias con lágrimas en los ojos, pero la idea sombría no le abandonaba.

Todo aquel día trabajó a tientas, como si se moviese en el vacío; a la hora de comer, sentado en un solitario rincón de su restaurán, probó algunos bocados e hizo muchos pensamientos.
 El partido de ocultar su desventura a Angélica, que a Silioli le parecía bueno, repugnaba al alma sencilla de Inocencio; le parecía imposible realizar un contrato de sociedad, como es en el fondo el matrimonio, sin una perfecta buena fe; pensaba que una reticencia quizá puede ser necesaria en el comercio, pero entre los cónyuges, no; cualesquiera que pudiesen ser las consecuencias, Inocencio revelaría toda su nueva situación, la cual, si bien se miraba, era aún tolerable merced a la generosidad de Silioli.
 El cajero podía restituir mil quinientas liras cada año, pagar su deuda en treinta años, y mientras tanto hacer una vida muy llevadera de economía y amor con el resto del sueldo.
 ¡Ah!, si Angélica aun le presentase las mejillas aquella noche, quizá la fortuna le mostraría su bello rostro dentro de poco.
 Basta una buena idea para ponerle a uno en el camino de la riqueza. ¡Inocencio hubiera pensado tanto para hacerla venir con tal de que Angélica no le abandonase!
 La hora deseada y temida lo encontró puntual en la cita.
 La misma Angélica fué a abrirle la puerta, porque Inocencio tenía su manera especial de llamar.
 La joven se le presentó con la cara tan fresca y tan risueña, que el novio, cogiéndola por las muñecas, no pudo contenerse y le dió un beso.
 — ¿Qué hay?, le preguntó en seguida la muchacha.
 — Tengo una cosa que me pesa en el alma y que quiero decirte en seguida.
 Angélica, asustada por estas palabras y por el insólito modo con que eran pronunciadas, parecía pedir con los ojos piedad para su amor.

Inocencio no la tuvo; todo lo reveló brutalmente en pocas palabras.

— Estoy arruinado, dijo; me ha sido robada una gran cantidad que requerirá el sacrificio de mi vida para restituirla a la caja; los pocos miles de liras que tenía ya no me pertenecen. Aquí tienes lo que pasa.

— Oye, papá, escucha, balbuceó Angélica separándose de su novio para acercarse al viejo que entraba en aquel momento.

Inocencio, sin cambiar una palabra, repitió lentamente la brutal explicación.

— ¿Entonces es verdad?, preguntó el viejo; ¿entonces los periódicos tenían razón?

— ¿Usted había leído los periódicos?

— Seguramente; lo referían todo... Sesenta mil liras extraviadas en el *tram* por el cajero de la casa Silioli.

— ¡Es extraño!

— ¿Qué encuentras de extraño en ello? Los periódicos, ¿no se hacen para ser leídos?

Inocencio bajó la cabeza; era verdad; hasta había tenido la candidez de creer que una noticia dada en el diario de avisos podía permanecer oculta.

Y añadió sin levantar la cabeza:

— ¿Y usted no me preguntaba nada?

— Porque tú nada me confiabas.

Después de una pausa, dijo el viejo para poner fin a una situación embarazosa:

— Hasta había notado en ti una especie de alegría nerviosa, y pensaba: está alegre; no es nada.

Claro. El viejo comerciante de las empresas fracasadas había visto prosperar una en beneficio de su hija por medio de su yerno, y se había alegrado de ella de buena fe.

¿Entonces el honor es una falsa palabra que todo el mundo tiene en la boca, mientras que cada cual obra solamente por interés?

Inocencio, que, sin culpa suya, se había dejado humillar por la suerte al extremo de tener casi el aspecto de un culpable, se irguió a la idea de que el viejo padre de Angélica le hubiese juzgado capaz de simular un extravío para gozar en paz de su amor.

— Por consiguiente, ¿usted ha creído siempre que yo mentía?, balbuceó con voz sorda.

— ¡Cuidado, hijo! Angélica no sabía nada, no ha creído nada; en cuanto a mí, hace tiempo que voy por el mundo y soy dueño de haber creído y de creer lo que bien me parezca y me dé la gana.

Al hablar así, el viejo levantaba la voz, ya que no podía levantar su miserable persona; era claro que quería dar una buena lección de experiencia y de juicio a aquel imbécil, que después de haber perdido sesenta mil liras, en vez de encontrarlas, había tenido el aplomo de dar lecciones de moral a un hombre como él.

Inocencio no añadió una sola palabra, porque era inútil; se dejó caer sobre una silla, y Angélica no se le echó al cuello, cosa que tanto consuelo le hubiera dado; al contrario, se acercó con miedo a su padre, y le miró en los ojos pidiendo una orden o un consejo.

El viejo, que ya le había dicho: «Ámalo», esta vez contestó simplemente a la insistencia de aquella mirada: «Déjanos solos.»

Y la criatura obediente se marchó, mirando apenas al joven a quien había prometido amar toda la vida y aun después de la muerte.

Entonces, con el ánimo quebrantado, Inocencio encontró una nueva vida, y levantándose, antes de que el viejo empezase su juicioso discurso, dijo desdenosamente:

— Sé lo que me falta hacer.

El viejo, turbado por el brusco e inesperado movimiento de Inocencio, balbuceó:

— Mejor, hijo mío. Si me hubieses dejado hablar, te hubiera dicho que habiendo cambiado tanto las cosas, yo quiero pensarlo bien, y lo mismo Angélica, porque la has conocido bastante y sabes que es una hija obediente, dócil...

— No lo piensen más; es inútil, dijo el altivo joven.

— Muchas gracias, replicó el viejo con no menos altivez.

El novio desaparejado salió fuera con la cabeza erguida, llena de una soberbia que le hacía creer que olvidar a Angélica por virtud de la cólera debía serle muy fácil.

Al contrario.

Apenas abandonado a sí mismo en la calle silenciosa, ya casi no sintió el despecho que le había hecho bajar la escalera sin ver a su amada, sino que renació súbitamente el viejo amor condenado a morir.

No quiso mirar a la ventana, en cuyo hueco An-

gélica había asomado seguramente su cara lacrimosa para decirle en silencio:

«No te vayas.»

No quería mirar, pero su amor pudo más que su despecho, y le hizo levantar los ojos a aquel pedazo de cielo en que tantas veces se le había aparecido la gran promesa del porvenir.

Pero, ¡desgraciado! Angélica no estaba en la ventana.

Tal vez podía haber sido retenida por el padre egoísta, que en aquel momento le estaría demostrando lo conveniente que era para ella olvidar a un joven gravemente enfermo de pobreza, condenado a la miseria como tuviese solamente un par de hijos.

Y quizá le repetía las audaces palabras escapadas al despechado novio:

«Es inútil; no lo piensen siquiera.»

No era más que esto. En la interpretación benigna que de aquellas palabras debía hacer un padre o un suegro, era menos que nada. Mas para aquel viejo acostumbrado a todos los engaños del comerciante quebrado podía significar:

«Todo queda roto, sin remedio.»

¡Desgraciado Inocencio! A esta idea, toda su ira se disolvió en una lágrima que ni siquiera enjugó, mientras seguía buscando con la vista empañada el suave rostro de su amada.

Le cayó entonces un rayo de consoladora luz en el alma sombría:

«Ahora me escribe, pensó; mañana, por la mañana, recibiré la carta.»

Y la carta vino; pero no había para besarla dos veces antes de leerla y diez después como él había hecho siempre; era una composición fatigosa, en que Angélica, que en el fondo era ingenua, declaraba llorando que renunciaba a la felicidad esperada, porque más fuerte que el amor — ¡también para ella!, ¡pobrecita! —, era el deber de hija obediente.

En el corazón de Inocencio, fué como la desaparición de un altar; y un propósito sombrío, quizá no confesado aún, pero ya formado en el cerebro, mostró su faz siniestra.

VI

Darse por vencido, rehuir la batalla, una batalla donde unos pocos sentimientos gigantes son siempre vencidos por un miserable ejército de intereses pimeos; pedir humildemente perdón al bravo Silioli y abandonar el mundo, con la imagen de Angélica sobre el corazón, y a través del corazón una bala de revólver.

La idea sombría era ésta.

El deber, que le parecía haber puesto siempre sobre el mayor altar, probaba de decirle:

«Tu vida es necesaria para pagar la deuda a Silioli.»

El contestaba que hubiera aceptado hasta la miseria al lado de su amada, pero que la vida se le había hecho insostenible. ¿No era Silioli tan rico como mísero era él?

Mas como aquella voz del altar insistiese, se le ocurrió al desgraciado otra idea llena de luz, que le pareció conciliar los escrúpulos de su conciencia.

«Inocencio N. avisa que si no le son restituídas las sesenta mil ochocientas liras extraviadas el día 10 de noviembre en el *tram* de Puerta Nueva, a las doce del día 13 de diciembre se quitará la vida...»

La nueva idea llena de luz era sencillamente ésta.

¿Quién sabe? Quizás esta idea podría dejarlo vivir, devolverle el amor de Angélica que él no tendría la fuerza de rechazar; o al menos le daría el derecho de irse al otro mundo de otra manera: lealmente.

Repitiendo para sí las palabras de este aviso, le pareció que no había ninguna que quitar, y si añadir la calle, el número y el piso de su domicilio.

Sin pensarlo mucho, se presentó en la Agencia concesionaria de la cuarta plana de un gran periódico para insertar la pequeña noticia; pero el joven a quien presentó el manuscrito hizo un gesto de estupor y se fué a paso lento a interrogar a un viejo de anteojos antes de contar las líneas.

El joven y el viejo se acercaron a la rejilla, y mientras el primero observaba minuciosamente a aquel personaje singular, el viejo, encorvándose hasta pasar la cabeza a través del ventanillo, preguntó en voz baja:

— ¿Inocencio N. es usted?

— Yo mismo.

— ¿Y quiere usted insertar el aviso tal como está?..

— Sí, señor.

— ¿Porque espera recobrar el dinero perdido?

— Naturalmente.

— ¿Y si no se lo restituyen, está usted dispuesto a...? Comprenda usted que ningún periódico decente puede hacerse cómplice de un suicidio.

Inocencio no contestó.

Al viejo se le cayeron los anteojos, y después de haberlos cogido en el aire con una mano, sin volvérselos a poner, continuó diciendo sin mirar de frente al desgraciado:

— Usted es muy joven; si hoy lo piensa bien, el 13 de diciembre no hará una tontería; pero si hoy insertase el anuncio, casi con seguridad sucedería lo contrario.

Inocencio se inclinó y salió sin decir una palabra.

Sin pensarlo mucho había visto que el escrúpulo del viejo agente de publicidad era legítimo, porque el aviso, redactado en aquella forma, le hubiera comprometido ante el público a ser suicida a hora fija, aun en el caso de que el ladrón no hubiese leído el anuncio.

Pero por otra parte él estaba determinado a morir, o, para vivir, había de ser con la condición de que le fuese restituído el dinero de su principal y la promesa de su novia.

Porque, ahora lo veía claro, más fuerte que la justicia, y casi más fuerte que el deber, en un alma joven, es siempre el amor.

Y pensando vencer los escrúpulos del viejo cambiando algunas palabras en la inserción, volvió a la oficina.

En su nueva forma, el aviso se dirigía *al que*, habiendo encontrado una cartera con sesenta mil ochocientas liras la había restituído vacía, para hacerle la misma amenaza, esto es que el 13 de diciembre a las doce, la víctima anónima de aquella apropiación indebida se habría dado la muerte...

El viejo agente de publicidad trató de hacer valer otros escrúpulos, pero Inocencio le dijo bruscamente que la forma anónima no le obligaba a nada, y que negándose a la inserción del anuncio así corregido le quitaría la única esperanza que aun le quedaba de vivir.

Entonces el viejo no quiso hacerse cómplice de un robo y aceptó el aviso haciéndolo pagar a precio de tarifa.

Pero mientras Inocencio creía haberse ocultado bajo el anónimo, y aunque el aviso se dirigía *al que* había cometido la sustracción, desde el día siguiente al de la inserción llegó a su casa, al número 10 de la calle de Solferino, una lluvia de cartas filantrópicas.

Un capitán retirado le desaconsejaba el paso que estaba a punto de realizar, porque los tristísimos tiempos que corrían no le dejaban sombra de esperanza de que el ladrón, que no había restituído nada, se arrepintiese el 13 de diciembre.

El capitán había perdido ambas piernas en la guerra, y, a pesar de hallarse tan mutilado, no pensaba quitarse el resto de la vida que aun le servía para algo.

Una señora se sentía en el deber de recordarle la vida eterna, que los suicidas pierden irremisiblemente.

Y hubo muchas otras personas llenas de misericordia y de lugares comunes.

Pensando cómo toda aquella buena gente había podido adivinar su domicilio, que el anuncio esta vez no indicaba, recordó que el otro aviso del extravío lo expresaba todo.

Por poco al buen Silioli le pasó todo por alto porque no leía más que un periódico: el *Correo Mercantil*, donde encontraba al primer golpe de vista las drogas y los productos coloniales del mercado; pero un día Inocencio le vió entrar en la pequeña estancia de la caja con un periódico desplegado: el del anuncio fatal.

Parecía presa de una grande agitación, y muy dispuesto a entrar en una cólera tremenda si su empleado no le declaraba desde luego que aquel anuncio era una broma.

— No es broma, dijo tranquilamente el cajero; es la última esperanza; puede ser que mi ladrón se arrepienta y me restituya el dinero de la caja.

Silioli movió la cabeza para significar que él también esperaba poco.

— ¿Pero usted no se matará el día 13?

Inocencio se rió nerviosamente.

— Ni soñarlo; yo he de pagar mi deuda.

— Y debe también casarse con su novia.

— Seguramente; también.

Como el aviso del periódico se publicaba todos los días, se le hizo intolerable al mismo Inocencio, y a menudo le dieron intenciones de trincar su inserción, que quizá lo exponía a la bafa del público necio; pero faltaban pocos días y quizá en uno de

éstos el ladrón de las sesenta mil ochocientas liras vería el aviso.

La semana fatal que había de concluir con un tiro de revólver al corazón, había empezado apenas cuando se presentó en la calle de Solferino número 10 un señor de unos cuarenta y cinco años, que manifestó deseos de hablar con don Inocencio; y como la petición se hizo después de la hora de oficina, y se dirigía a Inocencio en persona, aquel señor fué introducido en el acto.

Y en el acto le explicó quién era y el objeto de su visita.

— Yo soy Serafín Giunti y Compañía, pero en mí no vea usted más que a Giunti; mi socio se llama Orestes Melli y me acompaña raramente; somos socios, pero yo lo hago todo; mi compañero juega mucho al billar hasta las nueve de la noche; después juega al golfo y al faraón; en fin, es un compañero que me hace poca compañía; pero es de compadecer, porque es mucho más joven que yo, y quizá tiene mucho dinero para gastar.

Inocencio aun no entendía nada, y el amable Serafín Giunti continuó así, recobrando apenas aliento:

— No le he dicho a usted que mi socio está vinculado sin embargo con el capital aportado; de cualquier modo que vaya nuestro negocio (y va bien, aunque podría ir bastante mejor), es muy dueño de no poner mano en nada, y me deja en libertad de obrar a mis anchas, con la condición de que no le pida más capital y le pague a cada balance el interés de sus acciones.

Aun no se comprendía bien el objeto de su visita, pero Serafín Giunti prosiguió con inalterable amabilidad:

— Usted quizá no conoce bien la casa Giunti y Compañía; casi tiene usted derecho a no conocerla, porque la casa sólo lleva cuatro años de existencia social; es más conocida por su antiguo nombre de Ferri y Guasti — ¡ah, mire usted! — Serafín Giunti y Compañía, sucesores de Ferri y Guasti, fabrican toda clase de productos químicos, especialmente los éteres, y tienen mucha nombradía en este *artículo*; elaboramos los éteres con sistemas perfeccionados, haciendo venir exprofeso los alambiques y los serpentines de barro de Alemania; pero esto a usted poco le importa; he venido a decir a usted que el matarse, a su edad, no es lo mejor que pueda hacerse; con la fuerza de voluntad y de ingenio que ha demostrado en la casa Silioli, el reunir un capital, pagar la deuda y vivir alegremente es cosa fácil; yo le ofrezco un puesto en mi casa; el llevar la caja me resulta muy pesado, porque tengo tantas cosas que hacer y se la confiaría a usted gustoso; y como el trabajo de la caja no le ocuparía bastante y yo deseo utilizar bien sus servicios, encontrará otras muchas cosas que hacer...

En cada coma, don Serafín hacía una breve pausa, y en cada punto y coma una pausa más larga; pero en su discurso nunca ponía punto porque, observando en los ojos del desgraciado Inocencio el efecto que iba haciendo, quería impedir a toda costa un *no* prematuro.

— No creo..., trató de decir Inocencio, pero Serafín Giunti y Compañía se le echó encima inmediatamente.

— Dispense... un momento nada más; antes de contestar que no cree en tal o cual cosa, déjeme completar mi proposición; he tomado informes y sé que Silioli le paga un sueldo anual de dos mil quinientas liras, y una gratificación al cabo del año; yo le ofrezco doble, es decir, cinco mil liras de sueldo, y en vez de la gratificación una participación de dos por ciento en los beneficios; las utilidades de mi casa no son gran cosa hasta hoy; algún año han llegado hasta cincuenta mil liras, pero generalmente han quedado reducidas a mucho menos; pero si trabajamos con ánimo, casi puede asegurarse que el beneficio se elevará a sesenta mil liras; no es dinero para ser desechado, ni conviene; ¡oh!, gracias al cielo... puedo respirar.

Serafín Giunti se detuvo para dar tiempo a su futuro cajero de echar bien sus cuentas; pero antes de que Inocencio dijese una palabra, añadió:

— Piénselo bien; lo que le propongo no es ninguna broma; con cerca de seis mil liras anuales y mucha economía, puede restituir poco a poco la cantidad perdida y casarse con su novia.

Aquel hablador aderezaba sus palabras presurosas con retenciones amables, con sonrisas gentiles, y sobre todo con una mirada irresistible; Inocencio estaba ya persuadido, pero Serafín Giunti, borrando de pronto la sonrisa de sus labios, añadió pocas palabras en voz baja:

— El tiempo todo lo arregla; la eternidad no remedia nada.

Inocencio, a quien el porvenir abría nuevamente los brazos, no decía que sí; pero se leía en sus ojos la dulce fatiga de desatar los últimos lazos que aun le retenían; en esta labor, Serafín Giunti le vino en ayuda.

— Veo muy bien que usted piensa en la casa Silioli, que yo le propongo dejar para venir a la mía; podría decir que por mi cuenta es buena guerra, y para usted un deber el mejorar su condición; pero no quiero decir esto; en cambio le diré que usted estaba dispuesto a separarse para siempre de dicha casa a que tiene apego, para irse al otro mundo donde no se pagan las deudas de éste.

Las palabras podían parecer crudas, pero la sonrisa del comerciante astuto les quitaba toda aspereza; sólo quedaba el laudable significado de no ofender a nadie.

— Usted piensa, y tiene razón, que, dejando la casa Silioli, sabe cuánto pierde; mientras que entrando en la mía no sabe lo que adquiere.

Inocencio contestó que no pensaba en tal cosa; pero el amable Serafín repitió que, por el contrario, debía haber pensado en ello, y que por esto la decisión no era para ser tomada inmediatamente como los contravenenos.

— Piénselo, entérese, pida informes, y decídase mañana; prométame hacerlo así y me voy casi seguro de haber hecho una buena jornada.

Aquí, finalmente, una larga pausa, durante la cual el desgraciado Inocencio encontró la voluntad de dar las gracias a Serafín Giunti con lágrimas en los ojos por su generosa oferta y para aceptarla en principio, a no ser que... ¿A no ser qué?... A no ser que antes del día 13 su ladrón se hubiese arrepentido y le hubiese restituido la cantidad robada, o la mayor parte de ella, porque en este caso el deber le hubiera obligado a no dejar la casa Silioli, por más que pudiese decir en contra su interés.

Serafín Giunti se inclinó profundamente a estas graves palabras; ni siquiera se sonrió esta vez por respetar la última ilusión del excelente joven.

— ¿Entonces es cosa entendida?, dijo después alegremente.

— Gracias, gracias, gracias, contestó Inocencio en el rellano de la escalera con voz ahogada por la emoción.

Otra vez solo en su estancia, pensó en Angélica la bella, en Angélica la buena, en Angélica que debía ser la compañera de toda su vida, y lloró largamente renunciando a ella para siempre.

VII

Habiendo determinado no quitarse la vida el 13, aquel mismo día Inocencio suspendió la inserción del aviso, y contó al bueno de Silioli lo que le había pasado, añadiendo ingenuamente en conclusión:

— Si mi ladrón me restituye el dinero, yo permanezco en mi puesto, se entiende, si usted quiere; si no, aceptaré el ofrecimiento de la casa Serafín Giunti y Compañía.

Al generoso Silioli se le ocurrió súbitamente la idea de retener a su empleado a toda costa, haciéndole las mismas condiciones que Giunti y Compañía; sin embargo no quiso manifestarlas porque estaba seguro de que la oferta tardía no hubiera hecho más que aumentar la pena de la separación, ya necesaria.

Podía entrar en competencia superando el ofrecimiento de su rival; hasta podía enviar a Inocencio las sesenta mil ochocientas liras a las doce del día 13 con la seguridad de que a la una volvería a tenerlas en su casa; pero el generoso Silioli entendía la generosidad de otra manera poco teatral y muy práctica; permitió que Inocencio dejase su casa por la que le daba mayor sueldo, sin parecer considerar la cosa como un mérito.

El mérito de Silioli consistió únicamente en decir a su empleado estrechándole la mano:

— Yo le he dado a usted el mayor sueldo que mi antigua casa ha pagado nunca a un empleado de confianza. Buena suerte, y acuérdesese del que le ha querido bien.

Estas palabras de su principal y las que otros le habían dirigido en tal coyuntura, significaba para Inocencio que el ladrón no restituiría nada.

El mundo era tal, que ni siquiera permitía que se hiciese ilusiones el que hubiese dejado escapar una cartera de sus manos.

Sin embargo, Inocencio esperó hasta lo último, y solamente después de la una del día 13, se presentó en casa de Serafín Giunti y Compañía para decirle:

— Aquí estoy.

Serafín, con vivas muestras de alegría, le hizo ver que su puesto estaba ya preparado en una piececuela inmediata a la caja.

— ¿Qué le parece? ¿No es verdad que es bonita? Hasta ahora me había servido de tocador, lo he hecho desembarazar, limpiar y tapizar; le he cedido una mesa-escritorio y un diván de mi casa; la butaca es nueva. Fijese bien y verá que no falta nada.

Inocencio, en quien quedaba una vaga idea de haber vuelto a la vida después de las doce, había fijado la vista en un reloj que no andaba; pero, aunque parado, señalaba las doce dadas.

— Le he hecho colocar aquí hace una hora; pero no quiere hacer su obligación; anda un minuto y se para, porque no sabemos encontrar el equilibrio; todos lo hemos probado inútilmente; mandaremos a llamar al relojero de la esquina.

Inocencio quiso probar a su vez; y el reloj, puesto a la una y treinta y cinco, pareció dispuesto a señalar una eternidad.

Después de haber estado ambos escuchando el tic-tac, Serafín Giunti dijo:

— No se envanezca todavía; espero que hayamos vuelto para decirle: ¡bravo! Ahora venga conmigo, pues quiero presentarlo a los empleados y trabajadores. También verá la fábrica.

El personal no era muy numeroso y la presentación no fué larga.

El Sr. Pietra, un vejete miope, que tenía la cabeza muy inclinada sobre un registro, iba borrando con sus largas patillas grises las señales que iba poniendo con tinta encarnada; levantó la cabeza, y, quitándose el gorro, puso de manifiesto una reluciente calva. Dijo que se alegraba muchísimo de conocer a un hombre tan apreciado y de tenerlo por colega.

Otro empleado del libro mayor, el joven Giovannella, dijo a poca diferencia lo mismo.

El pequeño meritorio anónimo dijo algo menos.

Después de las presentaciones, Serafín le hizo ver el escritorio del *compañero* o socio famoso que cuando venía, de tarde en tarde, nunca encontraba ninguna pluma que le sirviese.

La visita a la fábrica fué hecha con menos solemnidad; los pocos operarios levantaron apenas la cabeza del trabajo para saludarlo con un gesto o una sonrisa.

Serafín explicó la caldera de vapor, el motor, la máquina, los alambiques, y añadió que lo mejor de aquella fabricación consistía en el poco personal que requería.

— Cuando la caldera está encendida, todos los aparatos funcionan por sí mismos, y pocos operarios hábiles me bastan.

Inocencio se sentía un poco embarazado, pues estaba poco familiarizado con retortas y alambiques; y lo confesaba ingenuamente, haciendo reír a su principal.

— ¿Quiere usted apostar algo a que dentro de una semana está usted tan enterado como yo?

Y como Inocencio no aceptaba nunca apuestas, Serafín añadió:

— Venga usted, venga y verá qué batería de cajas y cajitas de embalaje tenemos en el desván.

Inocencio estaba muy contento.

— ¿Está usted contento ahora? No; para estar verdaderamente contento, usted necesita cerciorarse de que el reloj no se ha parado, diga la verdad...

— ¿Por qué no? Esto sería un consuelo.

Al llegar a la puerta del gabinetito, vieron en seguida que el reloj continuaba su movimiento con mucha calma; y Serafín dijo: ¡bravo! al nuevo cajero que se alegró de su triunfo.

— ¡Bravo! Esto es de buen augurio; no lo cree usted?

Y añadió en voz baja:

— En mi fábrica, hay muchas otras cosas que necesitan regularizarse; yo confío en la voluntad de usted.

Esto diciendo, Serafín Giunti extendió la mano ancha y carnosa que Inocencio estrechó efusivamente entre las suyas.

— Ahora en un santiamén le hago entrega de la caja.

Y efectivamente la cosa fué breve; la cartera, que debía contener las letras pendientes de vencimiento, estaba casi vacía, porque la experiencia había persuadido a Serafín Giunti de que el presentar las letras al cobro cuesta más que valerse del descuento, por lo cual siempre había tenido la costumbre de descontarlas en seguida; con este sistema corría naturalmente más riesgos de devolución, como él demostraba un fajo de letras protestadas, pero él decía que, aun teniendo en cuenta estas sorpresas, su sistema no era desacertado.

(Se continuará.)

EL MARQUÉS DE CASA RIERA

su visita por Sevilla, adonde llegó el día 12. El día de su llegada, después de la recepción que se efectuó en el Alcázar, oyó misa en la Catedral, estuvo en la barriada obrera de casas baratas, en la corte de Tablada, en el Parque de María Luisa y en el Palacio de Arte antiguo. En los días sucesivos visitó el Hospital de la Caridad, las Escuelas Reina Victoria, el Museo de Pinturas, varios templos y conventos, la Giralda, la Casa de Pilatos, la fábrica de cerámica de la Cartuja, el Archivo de Indias, la Universidad Americana, la Fábrica de Tabacos, la Pirotécnica de Artillería y la Univer-

A la edad de 92 años ha fallecido en París, su habitual residencia, D. Alejandro Mora y Riera, tercer marqués de Casa Riera, título que heredó de su hermano D. José, el cual, a su vez, habíalo heredado de su tío D. Felipe Mora. Era bondadoso y caritativo en extremo, de trato afable y de extensa cultura y bien puede decirse que ha sido la providencia de los españoles necesitados que vivían en París y que jamás acudieron en vano a solicitar su auxilio. Protegía asimismo a los artistas jóvenes concediéndoles donativos y pensiones y facilitándoles todos los elementos necesarios para perfeccionar sus estudios o para realizar sus trabajos. Aunque residía en el extranjero, amó siempre con el mismo entusiasmo a España, su patria; y llevado de ese patriotismo, construyó las escuelas españolas de Marruecos y levantó en los



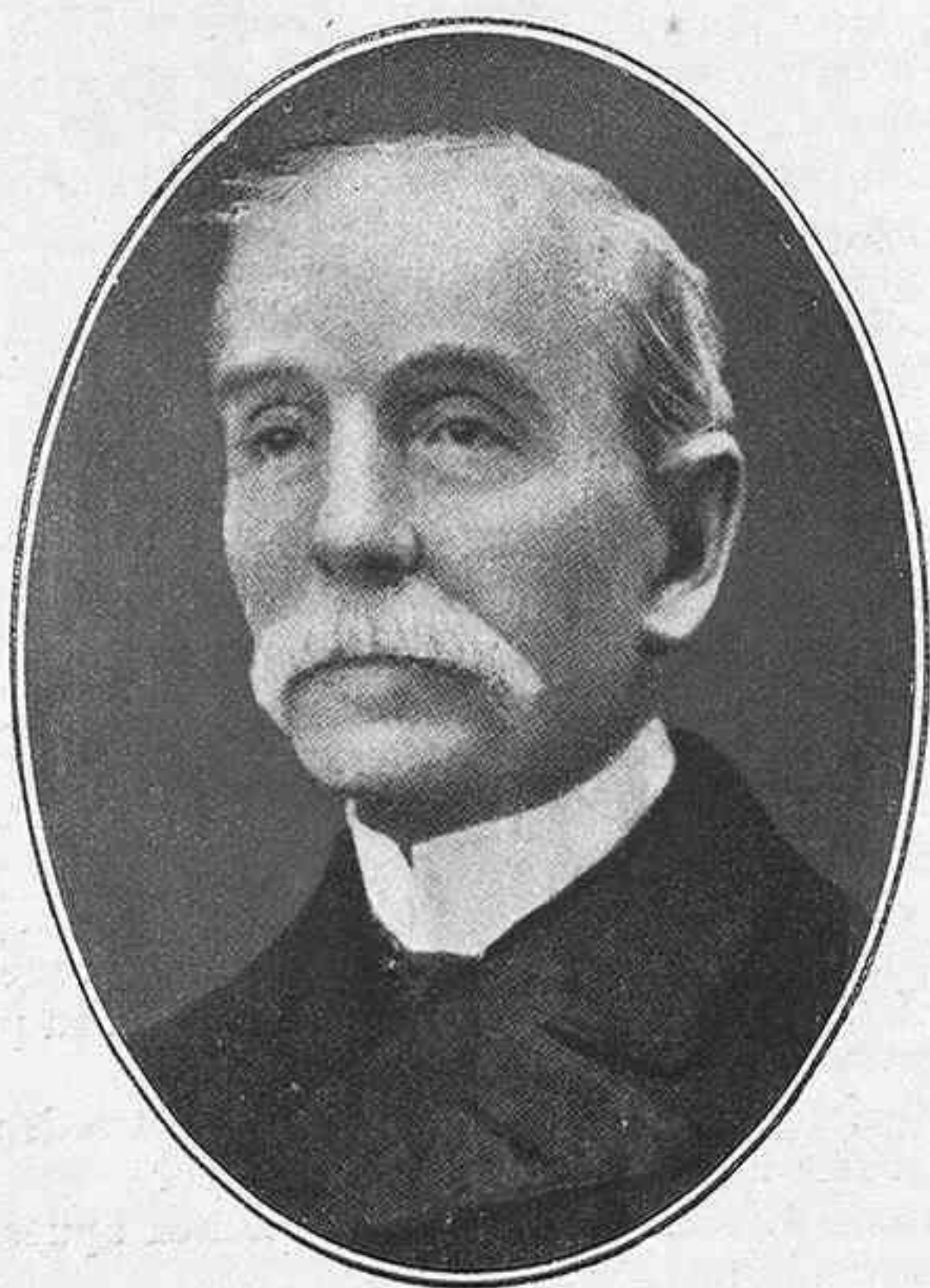
Córdoba. - S. A. la Infanta D.ª Isabel en la Escuela de Artes y Oficios

S. A. LA INFANTA D.ª ISABEL EN ANDALUCÍA

S. A. la Infanta D.ª Isabel ha visitado recientemente algunas de las principales ciudades andaluzas, habiendo empezado



Grupo de señoritas de la aristocracia que obsequiaron a S. A. la Infanta D.ª Isabel con ramos de flores durante su visita al Museo. (De fotografías de Castellá.)



Excmo. Sr. D. Alejandro Mora y Riera, tercer marqués de Casa Riera, recientemente fallecido en París. (De fotografía.)

sidad; asistió a una función de gala en el Salón Lloréns, y a una gira por el Guadalquivir y realizó una excursión a las ruinas de Itálica.

En la noche del 15 llegó a Córdoba y al día siguiente visitó la Catedral, el Museo Provincial, en donde la recibieron 24 señoritas luciendo ricos mantones de Manila, una de las cuales, hermana del ilustre pintor Romero de Torres, le ofreció un ramo de flores; el Colegio de niñas de la Piedad, la Escuela de Artes y Oficios, la iglesia del Juramento, las excavaciones del palacio de Medina Azahara y la Real Colegiata de San Hipólito, y asistió al baile que en honor suyo dió el Círculo de la Amistad. El día 17 hizo una excursión a las ermitas y visitó el Colegio de Santa Victoria, la Casa de Misioneros del Corazón de María y la iglesia hospital de los Dolores, y a las cuatro de la tarde salió para Espeluy, en donde visitó la espléndida finca del Pilar, propiedad de los Sres. de Prado y Palacio, y luego prosiguió su viaje a Jaén, adonde llegó aquella misma noche. En Jaén visitó los principales monumentos, inauguró el Museo de Bellas Artes y asistió a una recepción dispuesta en su honor en el Instituto.

Su Alteza realizó excursiones a Andújar, al conocido santuario de la Virgen de la Cabeza y a Argamasilla, en donde pasó un día en la casa de su secretario Sr. Coello; habiendo luego regresado a Jaén y de allí a Madrid.

En todas partes ha sido la Infanta acogida con grandes manifestaciones de respeto y cariño.

alrededores de París, en Neuilly, el magnífico Asilo de San Fernando para socorro de españoles desvalidos.

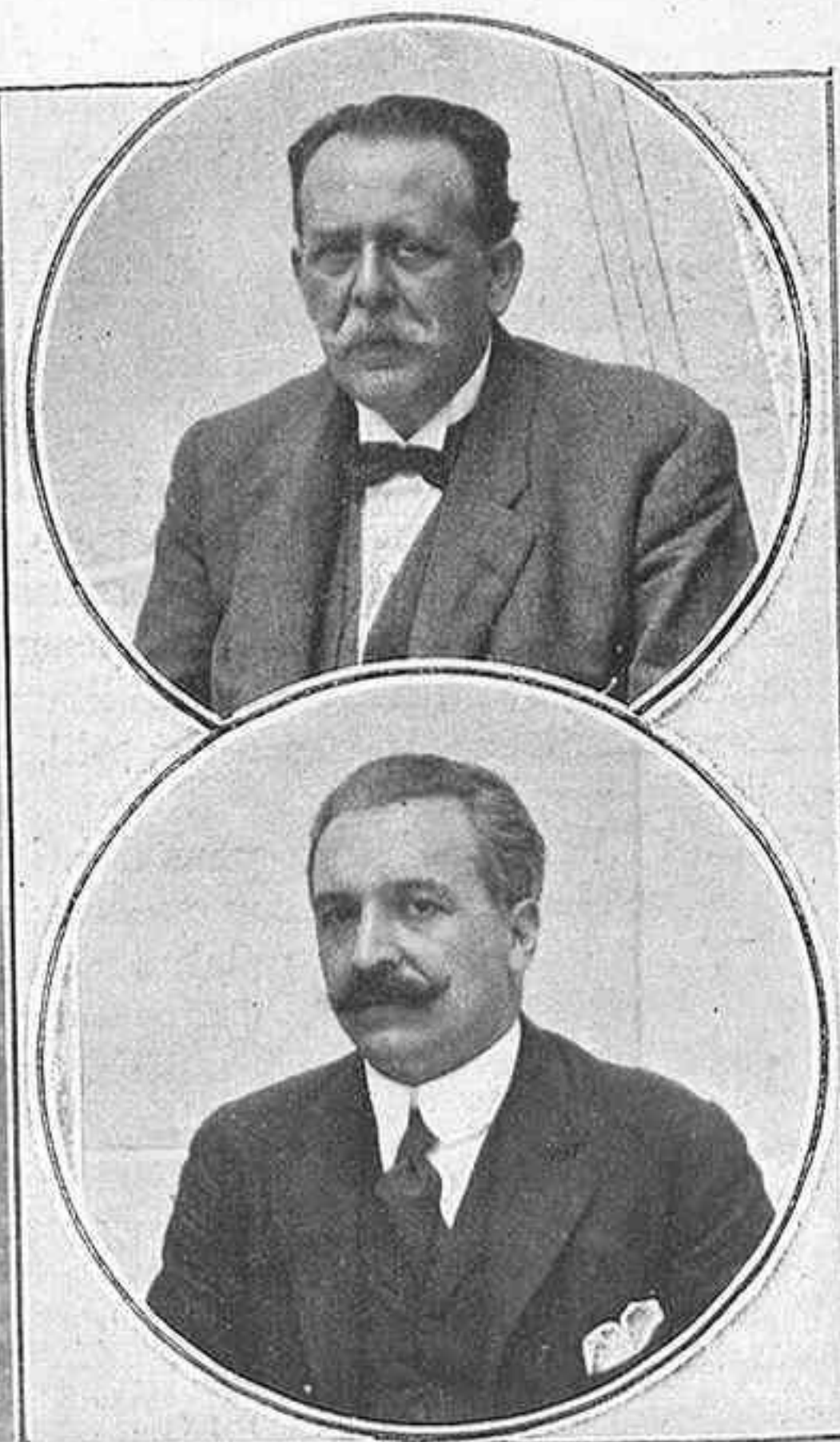
Al estallar la actual guerra, hallábase en Trouville; pero regresó inmediatamente a París y allí ha permanecido hasta el momento de su muerte. Su primer cuidado fué entonces constituir y costear un hospital para los heridos de la guerra en el mencionado asilo.

S. M. el Rey D. Alfonso XIII recompensó sus servicios a la patria con la grandeza de España, la gran cruz de Isabel la Católica y el collar de Carlos III.

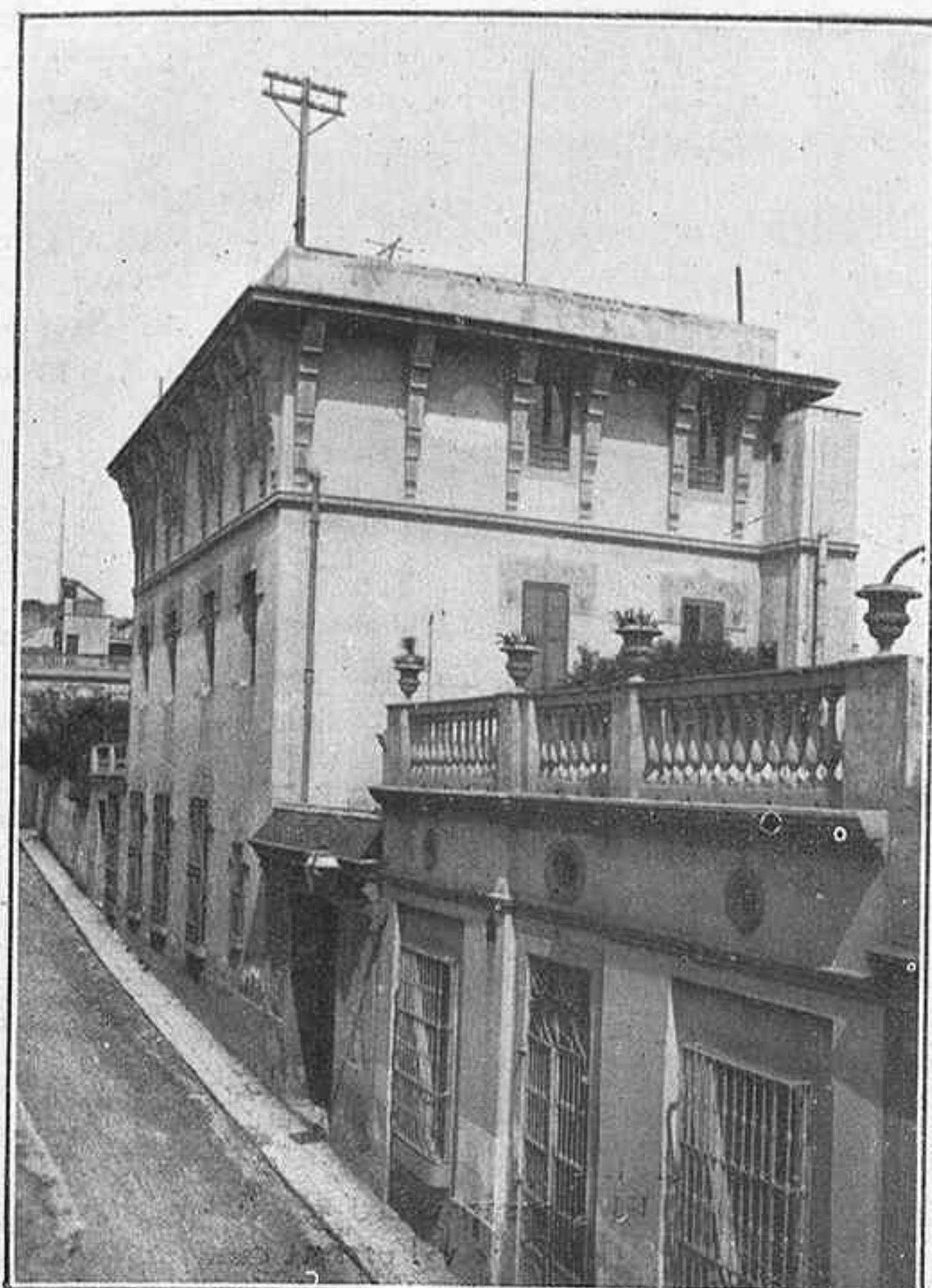
ALBACETE. - LA FIESTA DE LA POESÍA

Con gran solemnidad se ha celebrado en el Teatro Circo de Albacete la Fiesta de la Poesía organizada por el Ateneo Albacetense. Fué proclamada reina de la fiesta la Srta. Conchita Herrero y formaron su Corte de Amor las encantadoras Lola Simonet, Carmen Montoya, Delia Blanc, Mercedes Cobos, Eugenia Escovar y Pilar Sáenz de Baranda. Actuaron de heraldo y de paje respectivamente las niñas Enriqueta Colomer e Inesita López.

Obtuvo el premio en el tema de honor el inspirado poeta malagueño D. Narciso Díaz de Escovar y fué mantenedor el notable literato D. Augusto Barcia, quien pronunció un bellissimo discurso.



Albacete. La Fiesta de la Poesía. - La Reina de la fiesta, Srta. Conchita Herrero, y su Corte de Amor. - El inspirado poeta malagueño D. Narciso Díaz de Escovar, premiado en el tema de honor. - El notable literato D. Augusto Barcia, mantenedor, que pronunció un hermoso discurso. (De fotografías de Julián Collado.)



Colegio del Redentor. Primera institución médicó-pedagógica creada en España para la educación e instrucción de niños delicados y atrasados, que acaba de inaugurarse en Barcelona. - Vista del Colegio. - Clase al aire libre en los jardines de la Institución. (De fotografías.)

Entre las instituciones de educación y enseñanza que la moderna pedagogía ha creado en los países que no se quedan rezagados en la marcha del progreso, son particularmente útiles y dignas de aplauso las que toman a su cargo la clasificación, educación, instrucción y tutela moral, higiénica, económica y social de los niños que por defectos mentales o físicos no pueden recibir los beneficios de los Centros docentes generales ni valerse a sí propios de la vida.

Estas instituciones entienden en el reconocimiento de la anomalía, en el tratamiento de la misma y hasta en la tutela postescolar de los anormales.

Para dicho reconocimiento tienen sus laboratorios médico-psicológicos, destinados al estudio, exploración y clasificación física y mental de los niños; después de lo cual se procede, con pleno conocimiento de causa, a la indicación del tratamiento pedagógico y médico y a la separación de los que deben ser aislados y los que deben estar en las escuelas generales o especiales. Para la tutela postescolar fomentan la formación de asociaciones benéficas destinadas a la colocación de los anormales, crean talleres para los incapaces de vivir independientemente y organizan la tutela familiar.

Un pedagogo tan modesto como sabio, el presbítero Dr. D. Manuel Bruin, director del antiguo Colegio del Redentor, instalado en la calle de Villafraña (barrio de la Salud), convencido de la necesidad de crear en

España establecimientos escolares dedicados a la educación y enseñanza de niños delicados y atrasados, que por sus condiciones particulares requieren un régimen especial médico y pedagógico para fortalecer su organismo y desarrollar sus facultades mentales, ha dado el ejemplo organizando en su acreditado colegio, a más de las clases ordinarias, grupos escolares de niños anormales, pero susceptibles de instrucción; a cuyo efecto no sólo se ha asesorado de eminentes médicos y pedagogos, sino que cuenta con el concurso de ilustrados especialistas y la dirección facultativa del Dr. D. Hilario A. Cuevillas.

La Institución, situada en uno de los puntos más sanos y pintorescos de Barcelona, en la parte alta de la urbe, con espléndidas vistas al mar, a las montañas y a la ciudad y con fáciles medios de comunicación por su proximidad a varias vías de tranvías, reúne todas las condiciones apetecibles de situación, higiene y comodidad; cuenta con personal apto para la asistencia y educación y con adecuado material de enseñanza; tiene establecidos ejercicios físicos y mecanoterápicos, hidroterapia y electroterapia, regímenes alimenticios según prescripción facultativa, clases al aire libre en los jardines que rodean el colegio, excursiones a las montañas vecinas y todos los procedimientos con que la ciencia médica y la ciencia pedagógica corrigen de consuno las deficiencias y anomalías físicas y psíquicas de los anormales.

lo mejor para el pelo **PETRÓLEO GAL**

A. Ehrmann.

EL MONUMENTO A CERVANTES

En el número último reprodujimos 17 de los anteproyectos presentados al concurso para erigir un monumento a Cervantes con motivo del tercer centenario de su muerte; en el presente, completamos la información reproduciendo los restantes.

El día 15 de este mes reunió el Jurado calificador y después de tres votaciones fueron designados para obtener los premios los tres anteproyectos siguientes, entre los cuales será elegido el que ha de servir de tipo para el monumento definitivo al Príncipe de los Ingenios: el de D. Teodoro Anasagasti, arquitecto, y D. Mateo Inurria, escultor; el de D. Rafael Martínez Zapatero, arquitecto, y D. Lorenzo Coullaut Valera, escultor; y el de D. Baltasar Hernández Briz, arquitecto, y D. Angel Ferrant, escultor.

Estos anteproyectos los reprodujimos en el número último en las páginas 689, 692 y 693 respectivamente.

El anteproyecto de los Sres. Anasagasti e Inurria está inspirado en la idea de la creación de una Biblioteca Cervantina. Del edificio que habría de guardar esta biblioteca surge un gran pedestal elevado al Genio, coronado por la Patria y por la Historia.

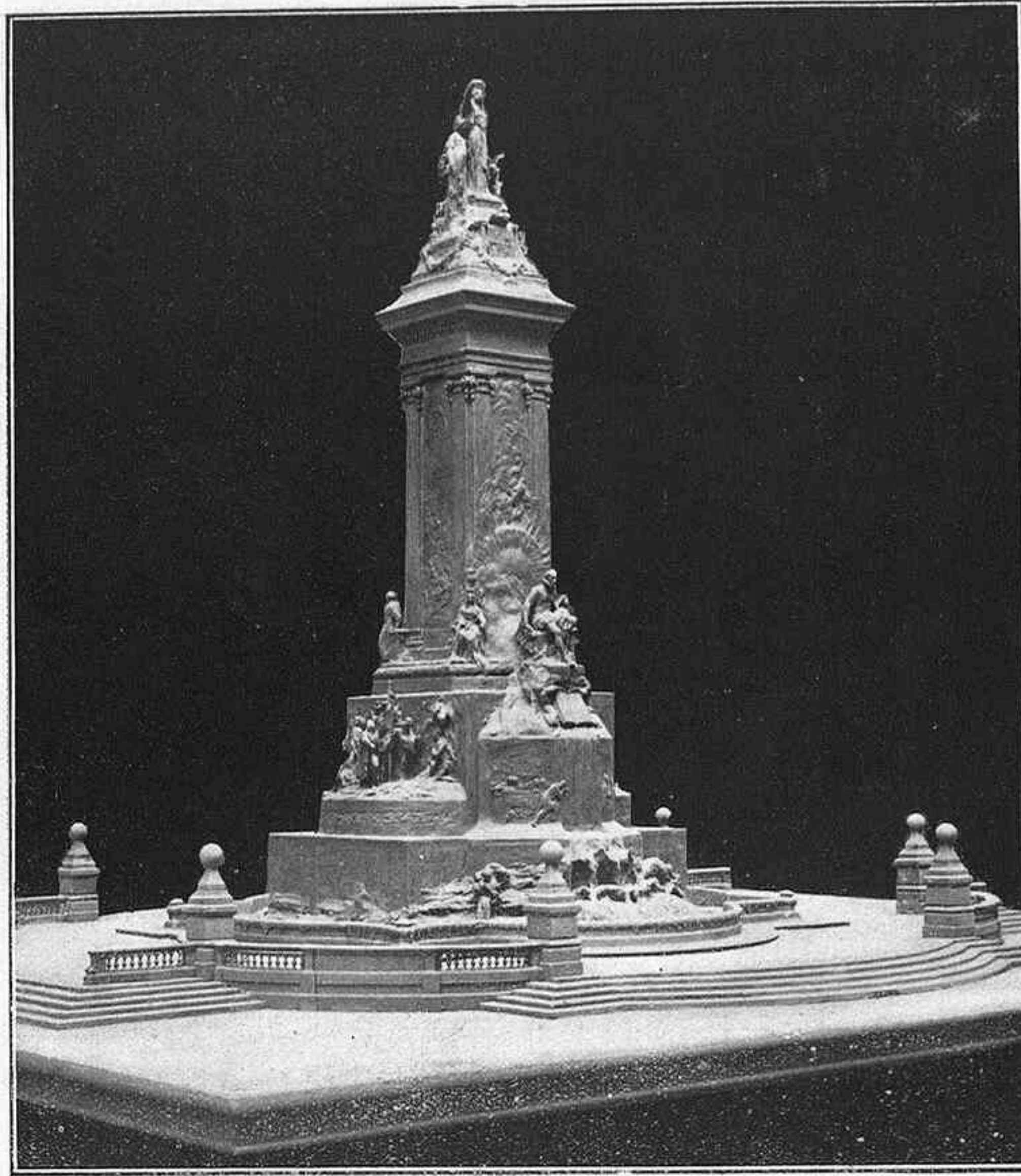
Detrás del grupo, Minerva, la suprema sabiduría, asiste, serena y complacida, al justo homenaje. La punta de su lanza, elevándose en la inmensidad azul, será como un índice que señalará la Inmortalidad.

Un gran escudo de la Patria y otros más pequeños, representativos de las regiones, ciñen el pedestal ornándolo a manera de capitel.

Un poco más abajo de la piedra misma, en cuyas entrañas se custodiará la obra cervantina, fluye, cual de la obra fluyó para siempre, el idioma simbolizado en el agua pura y cristalina.

Junto al manantial, la Poesía lírica y la Poesía dramática contemplan cómo el agua brota y cae y se subdivide y se oculta para surgir de nuevo por una serie de bocas distintas, de grifos, de pilones en una multifónica serie de sonidos.

El anteproyecto de los Sres. Martínez Zapatero y Coullaut Valera ha de ser de mármol y bronce y su estilo está inspirado en las obras platerescas del



Anteproyecto del monumento a Cervantes. - De D. Lorenzo Ridaura, escultor, y Sr. Sáinz de los Tejeros, arquitecto. (Fot. de nuestro reportero J. Vidal.)

Renacimiento. El puesto de honor en el monumento corresponde a Cervantes, cuya figura aparece en el centro del núcleo principal.

El pedestal ostenta dos figuras alegóricas adosadas, alusivas la una a la batalla de Lepanto y la otra al cautiverio de Argel, y en el frente un Saturno, símbolo de la inmortalidad, y una cartela con la dedicatoria del monumento. Ante el frente, entre las dos escalinatas que dan acceso a la terraza, está colocado un grupo ecuestre de Don Quijote y Sancho Panza.

A los lados de este grupo y sobre sendas pilastras aparecen las dos Dulcineas, una la Dulcinea ideal, cifra y compendio de todas las bazarías y bellezas, tal como se la imaginaba Don Quijote, y otra la supuesta por la imaginación realista del escudero. En estas dos figuras se simboliza la contraposición entre las dos tendencias que constituyen el nervio y el espíritu del libro inmortal. Completan el monumento otros grupos que recuerdan diferentes pasajes del *Quijote*.

El anteproyecto de los Sres. Hernández Briz y Ferrant compónese, en su parte central, de dos grandes pilones de base cuadrada unidos a otro cuerpo por unos muros decorados; los pilones simbolizan las Armas y las Letras. El centro, que constituye el verdadero monumento a Cervantes, lleva en el frente, sobre un sencillo pedestal, la estatua sentada del Príncipe de los ingenios españoles y a los lados las representaciones de la Sátira y de los Poemas Bucólico, Lírico y Épico.

La parte posterior de este centro simboliza la potencia creadora y sirve de fondo a las inmortales figuras de Don Quijote y Sancho; el grupo de éstas está rematado por una gran fuente situada a la espalda del monumento. La potencia creadora está simbolizada por dos enérgicas figuras de hombre, de rodillas, en actitud reflexiva. En el fondo se ve el escudo de Madrid.

El centro se alza sobre una plataforma de poca altura, colocada, a su vez, sobre una plataforma general de seis metros de alto. Remata este centro una semiesfera, representación del mundo.

Sirven de adorno al monumento varios relieves alusivos a episodios de la vida de Cervantes y a sus principales novelas, y numerosas figuras simbólicas.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES O EDITORES

PUNTUARIO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR, por *Pedro S. Fonseca*. - Este libro es un extracto de las Monografías Departamentales editadas en el período de 1909-1914 por la Dirección General de Estadística de El Salvador y que están parcialmente agotadas; pero

contiene, además, recientes datos estadísticos y muchos otros tomados de autoridades científicas indiscutibles, todo ello recopilado por el actual Director general D. Pedro S. Fonseca. Por orden rigurosamente alfabético figuran en esta obra todas las poblaciones de aquella república con noticias completas de su origen, situación, población, servicios administrativos, cultivos, etc., etc. Un tomo de 166 páginas impreso en la Imprenta Nacional.

DATOS SOBRE LA VIRUELA, TIFUS Y TUBERCULOSIS EN MANRESA, por *M. Fius y Polá*. - El abogado y exalcalde de Manresa, Sr. Fius y Polá, ha reunido en este folleto datos tan completos como interesantes sobre las víctimas causadas por las tres terribles enfermedades mencionadas en aquella ciudad desde 1871 a 1910. Un folleto de 56 páginas con varios cuadros, estados y resúmenes estadísticos impresos en Manresa por la Sociedad Editorial Manresana.

Paris
Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS - 85, Rue de la Harpe, 16

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT
Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

ECOS DE LAS MONTAÑAS

POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.